

LA FIGURA DE BERNARDO DE GÁLVEZ DURANTE LA INTERVENCIÓN ESPAÑOLA EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS (II)

Enrique GALLEGO GREDILLA
Coronel de Infantería

DOS INVASIONES FRUSTRADAS DE PENSACOLA

Antecedentes

SABEMOS que en la parte final del asedio a Mobila, las tropas del general Campbell que salieron de Pensacola en socorro del coronel Durnford en el fuerte Carlota, más numerosas que las españolas, estuvieron en trance de intervenir. Bernardo de Gálvez rindió el fuerte británico en el momento preciso, pues la vanguardia enemiga estuvo a la vista y quedó parada por decisión del general británico al darse cuenta de que el español le había ganado el tiempo de acción; unas horas después, hubieran sido funestas para la culminación de su campaña, cuyo remate final sería la conquista del fuerte de San Jorge aunque para lograrlo, hubieron de necesitarse tres expediciones.

El 20 de marzo de aquel año 1780, dos días después de firmar su *Diario de Mobila*, Gálvez comunicó en carta a su tío José y en una reunión con sus ayudantes, la intención de dejar a su segundo el coronel Jerónimo Girón y Moctezuma al mando interino de Mobila y al capitán del regimiento Navarra y mayor de trinchera Enrique Grimarest, como comandante militar. Él debía concentrar su atención en el fuerte de San Jorge y en la villa de Pensacola, capital británica de la Florida occidental, cuyo gobierno ostentaba el vicealmirante Peter Chester. Bernardo sabía que ante la caída de Mobila y con la mayor parte de la tropa británica fuera de Pensacola por el pretendido

socorro de aquélla, no podía perder la oportunidad de atacar el fuerte de San Jorge y especialmente antes de que le llegase los refuerzos de Jamaica. También sabía que las fuerzas británicas en Pensacola consistían en unos dos mil quinientos hombres, sin contar los numerosos aliados indios.

Primera tentativa de invasión a Pensacola en marzo de 1780

El 13 de enero de 1780, un día antes de embarcar Gálvez para Mobila, Floridablanca escribió una carta a Aranda referida a la expedición de Pensacola, a la que Francia aportaría tres mil hombres y diez millones de reales; los norteamericanos también colaborarían contra los británicos que señoreaban su presencia en Georgia y Carolina del Sur, para cortarles el paso de refuerzos a la Florida.

Posteriormente, el 15 de febrero, en pleno cerco a Mobila, dos mil sesenta y cinco soldados españoles embarcaron en La Habana en la escuadra del comandante general de la Marina de Cuba, Juan Bautista Bonet, para unirse a las fuerzas españolas en Mobila y secundar el ataque a Pensacola. Este embarque estuvo inducido por la amonestación real a la Marina en Cuba, por su premiosidad en las operaciones navales de Mobila.

Cuando el día 26, estando la escuadra dispuesta a iniciar la travesía, se recibió la noticia en La Habana de haber recibido la guarnición británica de Pensacola los refuerzos procedentes de Jamaica, provocaría el retraso de la operación naval y el desembarco de las tropas.

Diez días más tarde, repitieron el embarque, de manera que el 7 de marzo, la escuadra, con el *San Gabriel* como buque insignia de Bonet, de setenta cañones y seiscientos tripulantes, al mando del capitán de navío Joaquín Cañaverl, levó anclas rumbo a Pensacola con quince buques de guerra, veintiséis de transporte y un total de tres mil setecientos cincuenta y seis oficiales, tripulación de guerra y transporte además de dos mil ciento cuarenta y ocho soldados como fuerza terrestre.

El 15 de marzo, en pleno derrotero por el golfo mejicano, Bonet envió una carta a Gálvez sobre la posibilidad de encontrar algunos navíos británicos en la desembocadura de la bahía de Mobila y, dos días después, despacharía al capitán de navío Gabriel de Aristizábal con su fragata *Nuestra Señora de la O* para coordinar con Gálvez en Mobila la campaña y ofrecerle ayuda naval en el ataque a Pensacola.

El día 21, Goicoechea informó a Bernardo de Gálvez de que, en rigor, la escuadra de Bonet, en vez de ir a Mobila, se dirigía directamente a Pensacola para forzar la entrada de dicha bahía y atacar el fuerte de San Jorge.

Bonet comunicó también a Gálvez que atacaría Pensacola por la ruta interior desde Mobila, utilizando un brazo del río Perdido y evitando la expedición por mar.

El día 22, contestaría enfadado Gálvez su oposición a semejante planteamiento táctico, ya que era preferible esperar las expediciones de La Habana, Mobila y Nueva Orleans para mejor acometer la plaza desde el mar. Por otra parte, tenía la información de haber trasladado los británicos las tropas y cañones de las Barrancas Coloradas, en la orilla occidental de la entrada de la bahía de Pensacola, al fuerte de San Jorge en lo alto, dejando solamente dos fragatas para la defensa de la entrada. Tan corta defensa de la puerta de la bahía, ratificaba el ataque naval de Gálvez a pesar de tener mermados a sus efectivos. Y aun solicitó de Bonet víveres suficientes y otros auxilios para sus mil quinientos hombres, reiterando su deseo de atacar Pensacola por mar cuanto antes.

El día 27, Goicoechea notificó a Gálvez que la escuadra de Bonet había forzado la entrada de la bahía de Pensacola y los veintiún buques españoles habían fondeado en el puerto frente a la villa. Un testigo del regimiento Waldeck dijo que los habitantes de la villa, no daban crédito a sus ojos ante la inesperada aparición de la flota española dentro de la propia bahía y ante sus mismas casas. Pensacola fue evacuada a toda prisa, los cañones del puerto se destruyeron, los soldados del regimiento Waldeck, los *waldeckers*, se atrincheraron en el fuerte y el resto de tropas británicas en los reductos del cerro sobre la villa, considerando además el cansancio de los hombres del general Campbell recién regresados de las largas jornadas de marcha. Todos quedaron a la expectativa del ataque español.

Durante dos angustiosos días se esperó el desembarco de las tropas de Bonet. Pero cuál sería la grata sorpresa al comprobar en la mañana del día 30 que, al amparo de aquella noche, la flota española había levado anclas y desaparecido del puerto. Aún se la vio unas semanas por los alrededores antes de que el 21 de mayo fondeara en La Habana.

Tras estos acontecimientos ¿cuáles eran los avatares de Bernardo de Gálvez en su deseo de conquistar Pensacola?

El día 28 de marzo, un día después de la notificación de Goicoechea sobre la entrada de Bonet en la bahía, Bernardo le escribiría sus preferencias del ataque marino a Pensacola, vistas las dificultades que tendría su expedición a un ataque terrestre a través del río Perdido. Al día siguiente, Aristizábal, a bordo del *Nuestra Señora de la O*, llegó a Mobila con las noticias de los sucesos de la expedición de Bonet ante Pensacola, poniéndose a disposición de las fuerzas de Gálvez que éste agradeció.

Siempre en contra del ataque por tierra a Pensacola, Gálvez equipaba una escuadra en Mobila para hacerlo por mar, y el día 6 de abril preguntó a

Goicoechea y Aristizábal si serían suficientes, aparte de las ayudas solicitadas, los siguientes buques: la fragata *Caimán* con veintidós cañones de ocho libras; el paquebote *San Pío* con dieciocho cañones de seis libras; el *San Peregrino* con catorce de seis; la *Carmen* con doce de cuatro; el *San Juan Bautista* con ocho de cuatro; la balandra *Valenzuela* con uno de veinticuatro y el bergantín *Galveztown* con veinte cañones de cuatro. La respuesta de Goicoechea y Aristizábal fue negativa.

El mismo día 6, Bonet, a bordo de su buque insignia en aguas cercanas a Pensacola, felicitó a Gálvez por la toma de Mobila y le informó de los buques disponibles para el ataque al fuerte de San Jorge. Cuatro días más tarde, volvería a escribirle sobre lo embarazoso de reunirse con los otros navíos a la altura acordada para afrontar el ataque conjunto.

Como se ve, entre Gálvez en Mobila y Bonet en aguas de Pensacola, se cruzaron muchas misivas relacionadas con el asunto principal.

El día 25 de abril, a bordo de su bergantín y a punto de zarpar hacia Pensacola, escribió a Bonet que, a pesar de los contratiempos, era imposible cancelar la expedición contra Pensacola y así lo haría en cuanto viniesen sus fragatas.

Pero llegó mayo y como Bernardo continuara inquieto y preocupado con la demora del ataque, repetiría la consulta a Aristizábal sobre sus fuerzas navales de Mobila, respondiéndole la imposibilidad de forzar el puesto con dichos navíos.

El 4 de mayo, a bordo del *Galveztown*, reunió a sus consejeros y les comunicó la penosa decisión de posponer la invasión de Pensacola por falta de transporte marítimo. Días antes había avisado a Grimarest de que sería reemplazado por Ezpeleta en la comandancia de Mobila, donde los hostigamientos indios le acuciaron a reforzar su guarnición con ochocientos hombres.

La decisión de Gálvez sería confirmada unánimemente por los vocales de la Junta de Mobila. Desolado Gálvez, se lo comunicó a Bonet expresando su amargura por no haber cumplido la real orden de conquistar Pensacola, responsabilizándole de tener que aplazar la primera invasión.

La expedición frustrada de Bonet, que había zarpado el 7 de marzo con el propósito de atacar Pensacola, regresó a La Habana el 21 de mayo, como ya relatamos anteriormente. Al siguiente día, el capitán general Navarro se lo comunicó a Gálvez, con la novedad de haber quedado, de momento, el navío *San Juan* de Aristizábal con dos fragatas en la sonda de Pensacola para atender a Mobila de las agresiones marítimas.

El día 20, Aristizábal comunicó por carta a Bonet los eventos en Mobila desde su llegada el 24 de marzo y el propósito de Gálvez de reunir a todas las fuerzas marítimas en aquella localidad para aparejar la escuadra de ataque a Pensacola. En otras cartas fechadas en La Habana el 22 de mayo y el

1 de junio, Jerónimo Girón informó a su superior del regreso de la frustrada expedición, de la cercana llegada de la gran flota de Solano con sus doce mil hombres a bordo y las instrucciones dadas para acaparar tropas, armas y material para el socorro a Mobila y el futuro asalto a Pensacola.

Ya se entenderá la disposición de ánimo de Gálvez con algunos jefes militares y marinos de La Habana, particularmente con Bonet, que habiendo conseguido introducirse con su gran escuadra en la bahía de Pensacola, permanecido en ella del 28 al 30 de marzo, con la población acongojada, las tropas refugiadas, las baterías enemigas del puerto destruidas, las fuerzas de Campbell exhaustas, etc., no tuvo redaños para tomar la iniciativa del asalto final ¡Ah si hubiera estado él en su lugar!

Tras esta enojosa desilusión de Gálvez, avisó al comandante militar de Mobila, Ezpeleta, de que la expedición a Pensacola continuaría después de la cosecha y que se haría inevitablemente, a pesar de la falta de colaboración de algunos jefes de La Habana.

En cambio, la colaboración de los norteamericanos con los españoles en la cuestión de Pensacola fue bastante estrecha. Piénsese que la ciudad de Pensacola (o Panzacola, como también se le llamaba) era una plaza fuerte situada en la península norteamericana de La Florida, muy codiciada en todas las guerras por su privilegiada situación estratégica. Había sido fundada por los españoles procedentes de Veracruz en 1696, tomada por los franceses en 1719, devuelta a España en 1723 y conquistada por los británicos en 1763. Al apoyar España la causa de los colonos norteamericanos en su guerra de independencia y declarar la guerra a Gran Bretaña, la reconquista de Pensacola, como sabemos, sería uno de los principales objetivos.

En tal sentido, en marzo de 1780, Floridablanca comunicó al embajador español en París, conde de Aranda, la llegada del comisario del congreso norteamericano John Jay, nombrado ministro ante la corte española. Carlos III pensaba que podría ser factible la toma de Pensacola durante el verano, para luego tratar de atacar San Agustín de Florida, al tiempo que los norteamericanos hicieran lo mismo en Carolina y Georgia. El agente oficioso español en Filadelfia, Francisco Rendón, consiguió la cooperación del Congreso norteamericano para atacar con sus tropas los estados sureños de Virginia y las Carolinas, y así distraer la atención de los británicos durante la operación española de Pensacola.

Segunda tentativa de invasión a Pensacola en octubre de 1780

Con la poderosa flota de Solano rumbo a La Habana, Bernardo confiaba en otro intento a Pensacola, contando con el respaldo de la corte y su

capacidad de gestión ante la Junta de generales de La Habana. Llegó a esta capital el 2 de agosto, dos días antes de la llegada de la gran flota de Solano, dejando a Pedro Piernas como gobernador interino de Luisiana a quien ordenó estuviese en contacto con Ezpeleta en Mobila para atenderle en posibles ataques enemigos.

Durante los preliminares de esta segunda tentativa de ataque a Pensacola, Bernardo de Gálvez asistió a numerosas sesiones preparatorias de las juntas de generales. A la llegada de Solano, se convocó una de ellas para informarle de la situación. Solano conocía el descontento de la corte por la falta de cooperación naval dispensada a Gálvez en la toma de Pensacola tras la conquista de Mobila y de los apercibimientos del rey a Bonet y Navia por estos motivos.

En el mes de mayo, cuando Solano estaba en pleno Atlántico, había recibido del ministro de Marina, Castejón, su nombramiento como jefe de la escuadra en esta segunda tentativa de invasión. De primer momento, Gálvez y Solano, habían proyectado salir en el mes de septiembre, pero la recuperación de la tripulación de Solano y las condiciones atmosféricas demoraron la partida.

Solano compartió con Gálvez las sesiones casi diarias de las juntas y en la correspondiente al 10 de agosto, Bernardo expuso a los asistentes la información que había recibido de Ezpeleta y de desertores llegados a Manila sobre la penosa situación de Pensacola en cuanto a escasez de alimentos, de tropa y de fortificaciones. Al siguiente día, se dictaminó que Gálvez recibiría tres mil ochocientos hombres para esta expedición a Florida dentro de tres meses y en otra junta se decidió abastecerle para seis meses y equiparle con dos mil soldados de Campeche además de los que pudieran aportar Puerto Rico y Santo Domingo. Y, como remate de colaboración, la junta del día 21 resolvió enviar toda la guarnición disponible en La Habana, mas cuatro navíos de línea y otros buques menores de guerra de la flota cubana de Bonet.

No podía quejarse ahora de las ayudas oficiales, teniendo en cuenta además los cuatro mil hombres distribuidos en cuatro divisiones que había organizado Girón y la colaboración activa de Bonet enviando barcos a Veracruz para transportar las tropas mejicanas al lugar de reunión de la expedición.

A pesar de todo, proseguían las tensiones de Gálvez con los jefes militares habaneros y en ese sentido escribiría una carta a su tío José quejándose del tratamiento recibido de los tenientes generales Navia y Navarro a partir de su nombramiento al mando de la expedición. A los cinco días reiteró otra queja a la junta por la embarcación de las tropas expedicionarias sin ser revistadas por él.



Retrato de Bernardo de Gálvez

A primeros de octubre estuvieron concluidos los preparativos de las tropas militares y navales, pero una vez más, hubo de demorarse la salida por la climatología hasta dos semanas después. Previamente se reunió la junta para fijar la nueva fecha de la marcha y en ella Solano abogó por la conveniencia de esperar seis días, hasta el menguante de octubre, por las malas previsiones atmosféricas, opinión enfrentada a la de Gálvez, cansado de tantos retrasos. Las discrepancias se apaciguaron cuando Solano, más moderado y prudente, apeló a la determinación de la junta, determinación fatal al dejarse convencer de la fuerza decisoria de un mariscal de campo como Gálvez que, según palabras del autor cubano Cirilo Villaverde, era *tan hábil capitán en tierra como infortunado en el mar*.

Y, efectivamente, Solano recibió la orden de soltar amarras.

Era la mañana del 16 de octubre cuando zarpó la escuadra del almirante Solano con doce buques de guerra escoltando un convoy de cincuenta y un barco de transporte con casi cuatro mil oficiales y tropa, al que luego se uniría una flotilla con gentes de Veracruz y Campeche.

La escuadra constaba de: navío *San Juan Nepomuceno*, al mando del capitán de navío José Pereda; navío *San Ramón*, al mando del capitán de navío José Calvo de Irazábal; navío *Dragón*, al mando del capitán de navío Pedro Autrán de la Torre; navío *Guerrero*, al mando del capitán de navío Fidel Eslava; navío *Astuto*, al mando del capitán de navío Estanislao Velasco; navío *Velasco*, al mando del capitán de navío Santiago Muñoz de Velasco; fragata *Nuestra Señora de la O*, al mando del capitán de navío Gabriel de Aristizábal; fragata *Santa Rosalía*, al mando del capitán de fragata Andrés Tacón; fragata *Santa Cecilia*, al mando del capitán de fragata Miguel Goicoechea; fragata *Santa Matilde*; fragata *Caimán*, al mando del capitán de fragata José Fermín de Rada, y el paquebote *San Pío*, al mando de Obregón.

Gálvez navegaba embarcado en *Nuestra Señora de la O*, y Solano en el navío insignia *San Juan Nepomuceno*. Los cuatro prácticos mayores y los doce capitanes de los barcos de guerra estaban pendientes del temido viento del sureste. Habían recibido de su almirante un sobre con órdenes cerradas que deberían abrir en caso de separación causada por las tormentas.

Cuenta Solano en sus *Memorias* que: *A las 10 de la mañana, que soplaba muy fresca la brisa, se acercó Gálvez, que iba en una fragata y dijo al general Solano: «Hoy es la menguante y ya se ve su efecto»; el almirante le respondió: Sí, pero aun no ha pasado el tiempo que yo pedía. En efecto fue refrescando la brisa y ya a las cuatro de la tarde era tan fuerte que hubo de ponerse la escuadra y convoy a la cara con mesana y contrafoque, y el mar tan levantado que a las ocho de la noche un golpe de él, deshizo el fogón del navío comandante.*

Desgraciadamente, los augurios de Solano se confirmaron tanto como se desacreditaron los de Gálvez, después de haberse burlado de aquél. Nada se podía hacer sino luchar para no sucumbir. El cielo huracanado, el temible viento del sureste y el mar embravecido, habían dispersado a los barcos. Fue cuando individual y solitariamente los capitanes abrieron sus sobres. Éstos decían que por causa de separación, el primer lugar de encuentro sería la sonda Tortuga, unos trescientos kilómetros al oeste de los Everglades de Florida; si ya habían pasado por este lugar, el segundo punto de encuentro era al noreste, cincuenta kilómetros al sur de Mobila.

En el legajo 31 de la *Colección de Clonard*, de la 1ª Sección del Archivo de nuestro Servicio Histórico Militar figuran, sin firma ni data, dos diarios de esta segunda expedición, uno relacionado con el de a bordo de la fragata *Nuestra Señora de la O* y otro que pasamos a transcribir:

1780

Espedición que salió dela Habana para tomar la plaza de Pensacola almando del general Gálvez el 16 de octubre y su regreso por un terrible uracán.

Dia ha que enfuerza de repetidas reales órdenes, se preparaba en este puerto una espedición con destino al golfo Megicano. Para ello se habían preparado los navíos dela real armada, San Juan Nepomuceno, el Velasco, San Genaro, San Ramón, el Astuto, el Dragón y el Guerrero; las fragatas Sta Matilde, Sta Rosalía y N.S. de la O, y Sta Cecilia; el chambequín el Caimán y el paquebot San Pío, con 49 embarcaciones de transporte. A bordo de estos buques debían ir 3.800 hombres de desembarco (incluso gastadores y sirvientes para la artillería) bajo el mando del mariscal de Campo D. Bernardo Gálvez gobernador de la Luisiana y Mobila que había sido antes nombrado por el rey, Comandante en gefe delas fuerzas terrestres de este espedición.

El 7 de octubre se efectuó el embarco dela tropa que por la mayor parte fue sacada de la guarnición de esta plaza y de los batallones de morenos y pardos de ella.

Sin embargo de estar todo pronto desde mediados de setiembre y a pesar dela constante solicitud de D. Bernardo Gálvez y dela actividad del gefe de escuadra D. José Solano, comandante de las fuerzas navales de la misma espedición, las lluvias y otros muchos accidentes reunidos, impidieron su salida hasta el 16 del mismo octubre que fue un día claro y de buena brisa contadas las demás señales que prometen untiempo bonancible; pero Dios fue servido decambiarlo al siguiente día 17 en un uracán furioso y el

de mayor duración de que se conserva memoria en estas regiones. Por espacio de 80 horas consecutivas contrastó con imponderable violencia los buques de la escuadra, dejando maltratados algunos de ellos; y arrebató y dispersó los del convoy que como hacían menor resistencia, fueron impedidos a correr la mayor parte del seno meicano.

Luego que lo permitieron los mares y los vientos, diferentes navíos y bageles menores de la escuadra, procuraron y consiguieron llegar a la sonda de la Tortuga a las 25 gra. y 30 min. de lat. que era el primer punto dado para la reunión por el comte general D. José Solano. Cerca de allí había éste dejado al navío Sn Juan que montaba por hallarse maltratado, y se había trasbordado a la fragata Sta Rosalía en la cual siguió su rumbo en busca del segundo punto donde había de juntarse el convoy, después de haber dado orden para que se siguieran los que pudiesen, y los que no, se volvieron a la Havana. Así lo ejecutaron los navíos S. Juan Nepomuceno, el Velasco, S. Genaro, S. Ramón, el Guerrero y el Astuto; y las fragatas Matilde y Caimán que con dos embarcaciones de transporte entraron en este puerto (Havana) el 31 del mismo mes de octubre, sin que se notase en lo más de estos bageles menores un descalabro proporcionado a la fuerza del temporal que habían sufrido.

El capitán de navío D. Gabriel de Aristizábal comandante del convoy y de la fragata O en que iba el comandante general D. Bernardo de Galvez, pudo ganar el día 18, el primer punto de reunión, llevando en su conserva la fragata de guerra Sta. Catalina, el paquebot S. Pío y dos transportes. Instruido allí de las órdenes del general de la escuadra, se puso en rumbo para el Segundo punto de reunión; pero siguiendo constantemente la contrariedad de los vientos, resolvió el 6 de noviembre aproar a la Havana, aunque con repugnancia del comandante general de las tropas, que deseaba reunirse con el de la escuadra D. José Solano. El 17 arribaron aquellos a este puerto, trayendo apresadas dos fragatas inglesas que descubrieron al avistar la costa de esta isla, armadas en corso y mercancia, la una con 24 y la otra con 18 cañones. Habían salido de la Jamaica para Nueva-York con carga de rum y otros comestibles, cuyo valor se consideraba ascenderá a 250 mil pesos fuertes.

Dos días después llegó el comandante de la escuadra D. José Solano en la fragata Sta Rosalía y un paquebot del convoy ostigado de la necesidad de víveres y agua, y con el justo sentimiento de no haberse juntado embarcación alguna en el segundo punto de reunión que había prescrito en sus instrucciones.

El día 21 arribó aquí uno de los buques dispersos y ayer, (27 de noviembre) otro, y hemos sabido por cartas de Campeche con fecha del 4 del presente (diciembre) que se hallaban allí ancladas 25 embarcaciones del con-

voy. De estos se puede inferir con bastante verosimilitud que así el Dragón como los 17 transportes cuyo destino se ignora hasta hoy, habrán conseguido arribar al mismo puerto u otros de la costa del continente, salvando a los últimos su propia debilidad y ligereza.

El *Annual Register* de Londres, enumeró las bajas de esta desastrosa expedición, sin duda exagerada, en dos mil muertos, con cuatro navíos desaparecidos y otras muchas embarcaciones de menor calado. Las embarcaciones de la expedición arribaron a diferentes puertos del golfo mejicano. El 11 de noviembre, Francisco Bonet de Arseín, comandante del puerto de Baliza, avisó al gobernador interino de Luisiana, Pedro Piernas, en Nueva Orleans, de la llegada de una fragata con tropa de la expedición y de varios barcos.

El 19 del mismo mes, Ezpeleta emitió un informe a Gálvez desde Mobila en el que detallaba los barcos arribados a ese puerto. Los transportes del convoy regresaron al puerto habanero aún más tarde que los propios buques de guerra; de los cincuenta y un transportes que zarparon, sólo ocho habían atracado en La Habana, veintitrés en Campeche, uno de ellos el bergantín insignia de Gálvez, *Galveztown*, y cuatro se habían perdido en el mar.

Desde La Habana, Bernardo de Gálvez comenzó a organizar el tercer intento -con la apatía de los tenientes generales Bonet, Navarro y Navia y el buen ánimo del almirante Solano- y así se lo comunicó a su tío José.

El teniente de navío Juan Antonio de Riaño, futuro cuñado de Gálvez, de ímpetu valiente como él, escribió una carta a Solano en la que le manifestaba su deseo de ataque a pesar de la desgracia, informándole del traslado de la batería británica emplazada en las Barrancas Coloradas a la boca de la bahía de Pensacola, aconsejándole además del conveniente desembarco en la orilla oriental de la entrada, en la isla de Santa Rosa, como así sucedió cuatro meses después.

Antes de la tercera y definitiva tentativa a Pensacola, hay que relatar el ataque británico a la aldea de Mobila en enero de 1781 que, si bien la retrasaría, no la detendría.

ATAQUE BRITÁNICO CONTRA LA ALDEA (THE VILLAGE) DE MOBILA EL 7 DE ENERO DE 1781

Antecedentes

El descalabro de las dos expediciones españolas a Pensacola, en marzo y octubre de 1780, proporcionó a Campbell la coyuntura de intentar recon-

quistar Mobila. Con los españoles distraídos en reorganizar fuerzas y medios destrozados por el huracán, Campbell tuvo la licencia no sólo para reforzar las defensas de Pensacola, sino impulsar tres expediciones contra los puestos españoles y principalmente contra la aldea (The Village) de Mobila, a unos quince kilómetros al este del fuerte Carlot.

Sabemos que tras la conquista de Mobila el 14 de marzo de 1780, Gálvez había dejado al coronel Jerónimo Girón al mando interino de Mobila y al capitán Enrique Grimarest como comandante militar y que éste había sido reemplazado a primeros de mayo por Ezpeleta con el cargo de comandante de Alabama y con la misión de controlar la recién conquistada región. Gálvez se afanaba en la invasión de Pensacola.

Estaban en una temporada propicia a una lucha de guerrillas que acosaba las posiciones españolas en los puntos críticos de defensa de Mobila. Ezpeleta, siempre alerta de esta táctica británica, había rechazado el 5 de julio de 1780 los dos primeros ataques británicos efectuados por auxiliares indios con algunos lealistas del West Florida Rangers. Tras estos ataques, Ezpeleta comisionó al ya coronel Grimarest para observar los movimientos del destacamento británico del río Perdido e impedirle el cuatreo del codiciado ganado enviado por Teodoro de Croix, comandante general de las Provincias Internas del Norte de Méjico, para suministrar las campañas de Gálvez, según real orden del 1 de mayo.

En agosto, y a pesar del acuerdo entre Campbell y Ezpeleta sobre la no agresión de indios bajo la jurisdicción de cada comandante, algunos indios chactas atacaron a cinco soldados españoles cerca de la aldea. Y como los indios siguieran asaltando los alrededores de Mobila, Ezpeleta pidió urgentemente refuerzos a La Habana y Nueva Orleáns. Parte de ellos lo constituían las tropas de Riaño replegadas en el lago Pontchartrain que protegían los puestos españoles del Mississipí. Con Riaño y la balandra *Valenzuela* arribaron a Mobila, el 6 de noviembre, cuatro pequeñas embarcaciones con sesenta soldados del regimiento Navarra, al mando del capitán Manuel de Flon, y cuarenta y siete de la milicia de Luisiana. Desde Nueva Orleáns, Piernas comunicó que mandaría pronto el resto de la tropa de Luisiana.

La junta de La Habana del 22 de noviembre, preocupada por los trances de Ezpeleta, acordó enviarle dos o tres buques con refuerzos y víveres. Bonet envió el 8 de diciembre la solicitada ayuda, en una expedición al mando de Rada, a bordo de la *Caimán*, con ocho barcos y quinientos soldados que, desafortunadamente para las carencias de Ezpeleta, no pudieron franquear la barra de la bahía de Mobila debido al mal tiempo y a la poca profundidad de sus aguas.

Ezpeleta, después de la toma de Mobila, había destacado una guarnición de ciento noventa hombres a la aldea, en previsión de ataques y aseguramiento del flanco oriental para la navegación del río.

Este destacamento estaba compuesto por tropas de los regimientos Príncipe, España, Navarra y Fijo de La Habana, respaldadas por artilleros con dos cañones de cuatro libras y la milicia parda de Nueva Orleans.

En el último de los tres ataques de Campbell a Mobila los británicos echaron el resto y el general británico decidió utilizar las veteranas tropas del regimiento Waldeek al mando del coronel Johan Ludwig Wilhelm von Hanxleden, de las que eligió sesenta hombres deseosos de venganza. Se añadieron las tropas alemanas, las del West Florida Rangers, los auxiliares indios, doscientos cincuenta lealistas de Maryland y Pensilvania (milicias creadas en Filadelfia el año 1777 como combatientes contra los colonos norteamericanos sublevados) y cien soldados de LX regimiento igualmente veteranos en las defensas del Baton Rouge y Mobila.

Ataque a Mobila por mar

Mientras el coronel Von Hanxleden organizaba en Pensacola las fuerzas terrestres de ataque a Mobila, los marinos británicos tomaron la delantera en su ataque por mar.

Campbell sospechaba que uno de los barcos españoles fondeados en la bahía llevaba una carga de cañones y municiones que deseaba recuperar para el montaje de una batería en la punta Sigüenza de la isla de Santa Rosa, en la bocana de la bahía de Pensacola. Con este motivo, envió la fragata *Mentor* al mando del capitán de navío Robert Deans, la fragata *Hound* al mando de James McNamara y la balandra *Baton Rouge* a la bahía de Mobila y como los británicos tenían guardadas varias banderas españolas capturadas, izáronlas en los mástiles de sus tres barcos para despistar a las baterías españolas emplazadas en la punta oriental de la isla Delfina, que contaban con nueve cañones con cuarenta artilleros y sesenta marinos. Cuando Deans se acercó con sus barcos a las baterías españolas, los sirvientes de las piezas supusieron que eran parte del convoy de Rada, que el mes anterior había intentado entrar en la bahía y, con ánimo de ayudarle, enviaron una lancha con una decena de tripulantes que al llegar a la altura de la *Mentor* se sorprendieron y cayeron en poder de los británicos, los cuales pretendieron ocupar la isla Delfina desde la que se abastecía de carne fresca la guarnición española de Mobila, mientras bloqueaban la entrada de su bahía. Y como la respuesta de los dieciocho soldados españoles manda-

dos por el sargento Manuel Rodríguez fuera tan contundente y enérgica como no presumieron los británicos, con sólo tres terneros robados se volvieron al amparo de sus barcos.

Ataque terrestre a la Aldea de Mobila

Este tercer ataque británico a Mobila, fue el más serio y mejor organizado. Mientras se desarrollaba el intento de bloqueo y la ocupación de la isla Delfina, el coronel Von Hanxleden, que había salido de Pensacola el 3 de enero, se iba aproximando a la aldea con unos doscientos soldados blancos y unos cuatrocientos indios, con dos cañones de campaña de cuatro libras. La milicia negra de Nueva Orleáns, mantenía las posiciones defensivas de la aldea (The Village).

Sigamos el parte del coronel José de Ezpeleta sobre los ataques de los ingleses al reducto y campo atrincherado de «Village» en el territorio de la plaza de Panzacola, en la madrugada del 7 de enero, que figura en el legajo 31 de la colección Conde de Clonard, en la 1ª Sección del archivo de nuestro Servicio Histórico Militar.

1781

Del cuerpo estacionado en el fuerte de la Mobila (después de su conquista el 14 de marzo del año anterior) al cargo del coronel D. José de Ezpeleta, se avanzó un destacamento sobre el territorio de Panzacola y se apoderó del lugar determinado del Village. El mismo Ezpeleta con fecha de 20 de enero de 1781 dió parte al general Gálvez que se hallaba aún en la Habana, del ataque que habían dado los ingleses a este punto en la noche del 6 al 7 del mismo mes, en la forma siguiente:

Mobila 20 de enero de 1781.—Muy Sr. mio: el destacamento que tengo en la Aldea (el cual últimamente se componía de 190 hombres) con el fin de cubrir el país y mantener la comunicación con la otra orilla del río ha sido siempre el objeto enemigo, como tengo informado a V.S. Cuatro veces fue atacado; las dos primeras con indios y algunos voluntarios y la 3ª auxiliados de una Compañía de Caballería, pero el último ataque ha sido mayor y más bien conuinado que las tres anteriores, aunque igualmente rechazado como V.S. verá por la siguiente relación.—

Los enemigos como en número de 180 a 200 hombres de tropa escogida, con 300 a 500 indios (según declaran los heridos ingleses prisioneros)

y dos cañones de a 4, al mando del coronel Waldeek Hanxlenden, de su segundo y un sargento mayor, atacaron en la mañana del 7 del corriente, al expresado destacamento. La tropa veterana en una sola columna, poco antes de amanecer, vino a paso acelerado y con el mayor silencio al ataque, y atravesando el campamento de los milicianos de color de la Nueva Orleans sin ser vistos ni oídos de estos, y sin detenerse en su ataque, lograron llegar sin sufrir ningún fuego hasta cerca del atrincheramiento en donde estaba situado nuestro destacamento. El subteniente D. Manuel de Córdoba, del regimiento de España que se hallaba en la cara por donde venía el ataque contubo el fuego de la tropa creyendo que les venían (pues aún no se divisaban bien los bultos) eran los milicianos que se retiraban a la trinchera. Esta equivocación (que enmendó muy bien el mismo D. Manuel de Córdoba, sacrificándose en su puesto) favoreció infinito a los enemigos, pues lograron llegar hasta la trinchera sin ningún daño, y a su inmediación se detuvieron sorprendidos al parecer de hallar una estacada, que aunque endeble no la suponían según sus noticias. En este momento y hallándose los enemigos en la disposición dicha, se empezó el fuego por nuestra parte, habiendo rechazado antes con la arma blanca a los que intentaron penetrar la trinchera, matando a los pocos que tuvieron el atrevimiento de arrojarse dentro, pues el todo de la columna quedó parada a la inmediación de la estacada, desde donde el Comandante envió partidas a las demás caras para ver si por alguna se podía penetrar; pero habiendo sido rechazadas por todas partes, y aún por la espalda, en medio de que no había foso, entonces el sargento que había sido destacado a dar la vuelta a la trinchera, se arrojó intrépidamente dentro con algunos granaderos gritando y a todos Viva el Rey; pero los nuestros que estaban bien resueltos a vender caras sus vidas, los rechazaron igualmente por aquel lado, y haciendo luego una descarga general, los que se retiraban gritaron también y con más fundamento su Viva el Rey, disparando al mismo tiempo en un cañón de a 4 de dos que allí tenían y que hasta entonces no pudieron tirar por la mucha agua que humedeció los estopines y las mechas, y por falta de artilleros que fueron muertos y heridos al principio de la función. Los milicianos que se hallaron cortados por los enemigos, pudieron abrir camino por la parte de la marina en donde estaban los indios, y coger la brecha que la tarde antes había ido a llevar víveres, y siempre se tenía la precaución de mandar regresar para no dejar a los nuestros una retirada que más podría servirles de perjuicio que de beneficio; y los pocos que tiraron hacia la trinchera, fueron sacrificados por nuestro fuego y por el de los enemigos. Nuestra pérdida en el expresado ataque fue de 14 muertos, entre éstos el Subteniente D. Manuel de Córdoba, 23 heridos y un prisionero, cuya relación

incluyo a V.S. La delos enemigos 15 muertos y 3 heridos prisioneros enla trinchera y estacada y 3 muertos mas que se encontraron en el camino por donde se retiraron. Enel número de prisioneros están comprendidos el coronel Waldeck, comandante del destacamento, un capitán de granaderos y un ayudante que quedaron casi juntos al pie dela estacada, y el Sargento mayor dentro de la trinchera. Los heridos que llevaron, fueron muchos, según declaran dos negros que hicieron prisioneros y lograron escaparse la noche del mismo día, confirmandolo los tres heridos ingleses que aquí tenemos delos que el uno ya ha muerto. El Comandante de nuestro destacamento, del cual entre muertos, heridos y estraviados se perdió una tercera parte en poco tiempo, no pudo picarles la retirada como hubiera convenido a hallarse con mayores fuerzas; y yo que tenía todo mi cuidado en los barcos cargados en este rio, no pude enviar al destacamento más socorros que los precisos para la defensiva, pues la escasez de lanchas no me permitía acudir a ambas partes a un mismo tiempo, y así reforzando el destacamento con 100 hombres y las municiones necesarias, envié 250 a los barcos, que a no haber tenido este cuidado, se hubiera podido mui bien completar el día picándoles la retaguardia, y aun cortarles la retaguardia, y aún cortarles la retirada por el río del Buen-Socorro, a no estar protegidos de sus fragatas que al efecto entraron la antevíspera del ataque en este rio. Los adjunto papeles son copias delas que se encontraron enel bolsillo del coronel. Es traducido al francés, estaba en alemán; la instrucción que se cita en uno de ellos no se ha encontrado; sin duda que tendría la precaución de romperla. La sincera relación de este ataque es el mejor elogio que yo puedo hacer de nuestra tropa y oficiales. La prontitud con que acudían a las armas y la firmeza con que todos mantuvieron su puesto en un ataque tan inopinado y en una noche tan tempestuosa, son muestras de lo que hubieran hecho un poco prevenidos; y aunque todos los oficiales acreditaron su valor y serenidad en aquel día, merece mui particulares elogios el Comandante D. Ramón de Castro que con su acostumbrada vigilancia, se hallaba en la trinchera cuando los enemigos vinieron a su ataque. Fue el primero que los vió y dió las mas prontas y oportunas providencias para su defensa. También se distinguieron los tenientes D. Juan Roselló del Navarra y D. Juan de Guardamuro del España, el Subteniente D. Pedro Carní de Fusileros y el Sargento Ysidro Roig del mismo Cuerpo, y algunos cabos y soldados que se hallaron a la inmediación del reducto por donde penetraron los enemigos. Finalmente puedo informar a V.S. conla mayor satisfacción que todos los ataques que nos han hecho los enemigos han sido siempre rechazados, y con estas pequeñas ventajas va adquiriendo nuestra tropa una cierta superioridad sobre la del enemigo que podrá ser mui util en adelante.

*TERCERA Y DEFINITIVA EXPEDICIÓN A PENSACOLA DESDE EL 28
DE FEBRERO AL 8 DE MAYO DE 1781 FECHA DE LA RENDICIÓN
DEL FUERTE DE SAN JORGE*

Antecedentes

En cuanto Bernardo de Gálvez regresó a La Habana después de la segunda tentativa a Pensacola, convocó una importante junta el 30 de noviembre de 1780, para proyectar la tercera. El ánimo de todos estaba dispuesto a ella, pues si Gálvez reiteraba su obediencia a la orden real y su deseo de rendir la plaza, las autoridades de La Habana parecían más sensibles a los deseos de la corte por conquistarla sin tardanza.

Sin embargo en las juntas convocadas durante el último mes de aquel año, se discutió sobre los refuerzos adicionales de hombres, armamento, víveres y material a los destacamentos de Mobila y Nueva Orleáns, justificados por el reciente ataque británico a la aldea. Se pensaba que los mil trescientos quince hombres aprobados para dichos destacamentos, participarían posteriormente en la futura expedición, pero conocedor Gálvez de los tejemanejes junteros, fueron precisamente aquellos hombres los primeros que llevaría directamente el mariscal español a la tercera tentativa de Pensacola, aunque supiera iba en contra de las órdenes recibidas.

El día después del ataque a la aldea, es decir, el 8 de enero de 1781, Gálvez se reunió privadamente en La Habana con el teniente general Victorio de Navia para tratar sobre el empleo de la tropa y la artillería como refuerzos de Mobila y Nueva Orleáns, reunión que caería en el vacío, al recibir la real orden del 12 de febrero por la que reemplazaría a Navia como comandante general de las tropas de la tercera expedición. Este nombramiento, de momento, le solucionaría los problemas con los jefes militares y navales de La Habana. Los objetivos preferentes indicados en la orden, serían la conquista de Pensacola, el desalojo de los británicos del golfo de Honduras, la defensa de Cartagena de Indias, Portonovo y provincias de Caracas y, si fuera posible, la invasión de Jamaica.

Se le avisó también de su jefatura en todas las operaciones terrestres y navales y que, en caso de ausencia, entregaría el mando de las tropas al también mariscal de campo Juan Manuel de Cagigal. Además, Carlos III decretó que mientras Gálvez gobernase Luisiana y las plazas que se conquistaran en la Florida occidental, su mandato sería independiente de la capitania general de Cuba. Al asumir tales responsabilidades, se le relevó del cargo de coronel del Regimiento Fijo de Luisiana por el teniente coronel Esteban

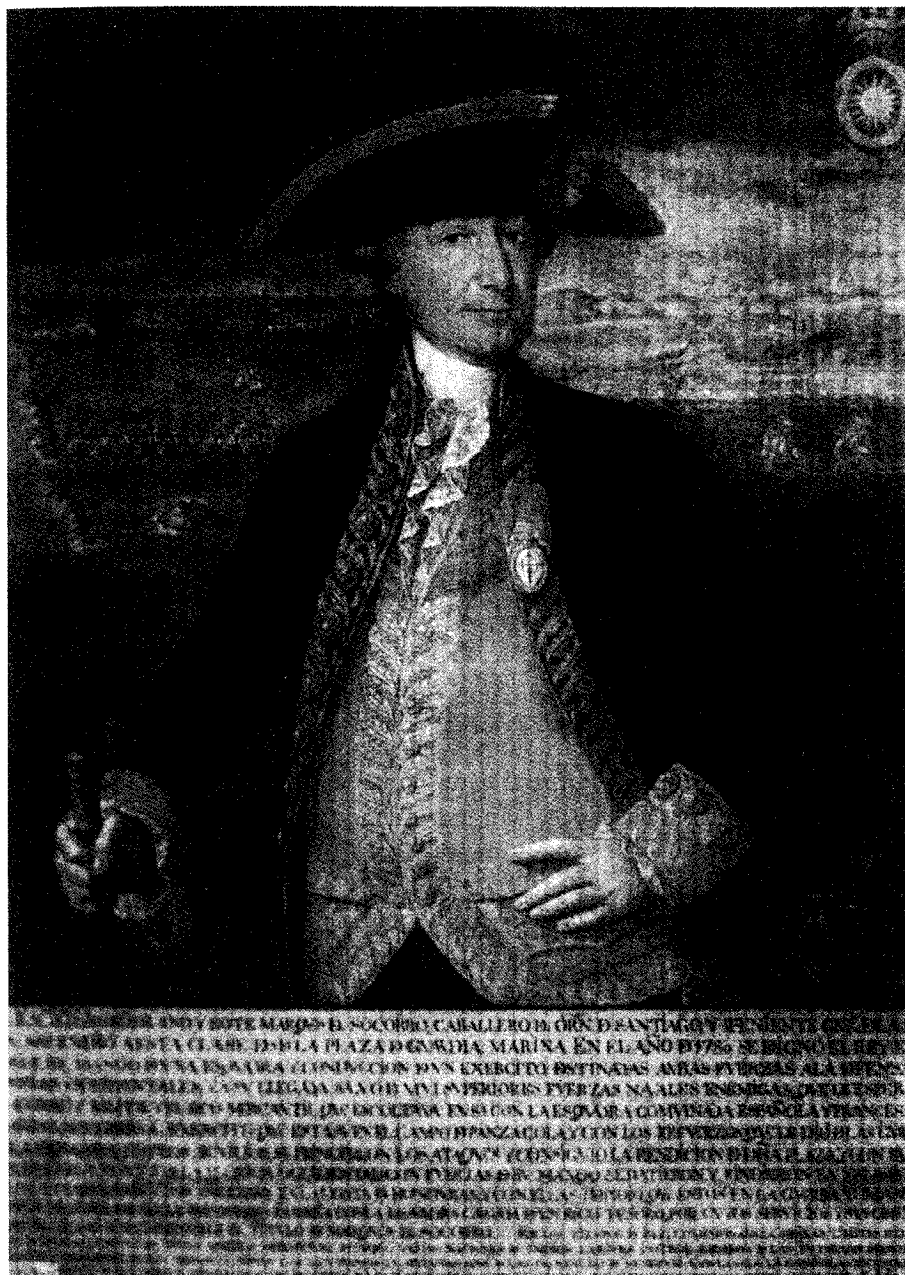
Miró. Posteriormente, su tío José le informaría de la desaprobación real a la conducta de Navarro, Bonet y Navia por no haberle respaldado suficientemente en las pasadas expediciones a Pensacola, transmitiéndole la felicitación de S.M. por sus prudentes actuaciones relacionadas con aquéllas. En otra real orden de Aranjuez dirigida al capitán general de Cuba, Diego José Navarro, se le advertiría de que por ningún motivo se negasen los auxilios que pudiera requerir el comandante general. Y en carta del ministro José de Gálvez a la junta de generales de La Habana, se transmitían órdenes explícitas del Rey sobre el apoyo total que debían otorgar a esta tercera expedición a Pensacola.

Aunque S.M. espera del espíritu y actividad de este general (Gálvez) que superará todos los obstáculos que se le opongan, y que hará los mayores esfuerzos para conseguir el feliz éxito de la empresa, sin embargo conoce que los generales de esta plaza, le han escaseado mucho las fuerzas de Tierra y Mar por una expedición tan importante, en cuyo logro toma vivo interés el Rey y toda la nación.

Hemos de significar que en la junta del 22 de enero, Gálvez aceptaría el ofrecimiento del jefe de escuadra francés Francisco Monteil, de participar con su flotilla en la expedición, y escucharía atento las explicaciones que el almirante Solano daría sobre los mínimos perjuicios del huracán en la armada española de la segunda tentativa ya que, por ahora, sólo se ignoraba la situación de tres transportes; en cambio, las escuadras de los almirantes británicos George Rodney y Peter Parker habían ofrecido en mayor medida sus efectos, dudando de las posibilidades de éste para prestar ayuda desde Jamaica, porque en esos momentos carecía de barcos útiles.

Al final, la junta aprobó la tercera invasión a Pensacola y asignó a Gálvez, para socorrer a Mobila, los mencionados mil trescientos quince hombres distribuidos de la siguiente manera: ciento veintiséis soldados del regimiento del Rey; doscientos treinta y uno del Soria; trescientos ocho del Hibernia; trescientos siete del Flandes; setenta y siete del Guadalajara; setenta y siete del Aragón; sesenta y tres del Navarra; sesenta y tres del Príncipe y sesenta y tres del España.

Todos los miembros de la junta pensaron que la prioridad de la expedición era socorrer a Mobila y luego atacar Pensacola; pero Gálvez tenía la meridiana intención de dirigirse directamente a esta plaza aunque no contara con los cuatro mil hombres marcados en la orden real. Y como seguía desconfiando de sus compañeros de La Habana, el 1 de febrero había ordenado al gobernador interino, Piernas, movilizar las fuerzas militares de



Retrato de José Solano

Luisiana, incluyendo los quinientos soldados que el capitán de fragata Rada había desembarcado en diciembre y los supervivientes de la segunda expedición que alcanzaron las costas de Luisiana. Y así, el mismo día 28 de febrero que salía el convoy de Gálvez desde La Habana, las fuerzas de Piernas lo hicieron desde Nueva Orleans en dieciocho barcos, avanzando hasta Baliza a esperar órdenes de Gálvez para salir del río rumbo a Pensacola.

El comandante general de la expedición, advertido por sus consejeros navales de que los grandes buques de guerra no serían capaces de cruzar la barra de la bahía de Pensacola, solicitó y consiguió de la junta cinco nuevos navíos de menor calado: el *San Ramón*, al mando de José Calvo de Irazábal; la fragata *Santa Clara*, al mando de Miguel de Alderete; la fragata *Santa Cecilia*, al mando de Miguel de Goicoechea; el chambequín *Caimán*, al mando de José Serrato y el paquebote *San Gil*, al mando de José María Chacón.

Integraban la expedición unos treinta y dos barcos de transporte con varias fragatas, polacras, saetías, balandras, paquebotes, bergantines, una goleta y dos lanchas cañoneras. La fragata *Western Norland* hacía de hospital y la goleta *Concepción* llevaba el aguardiente y la sal para los indios, cuya aportación era vital en esta campaña, según Gálvez.

El número total de soldados era menor que el de la segunda expedición, pues sumaban mil cuatrocientos sesenta y siete hombres de los cuatro mil previstos en la orden real. Como curiosidad diremos que a bordo del *San Ramón* iba Francisco Miranda, capitán del regimiento Aragón, uno de los pocos oficiales que tomaron parte en las dos anteriores expediciones.

En el buque insignia *San Ramón* iban los siguientes destacados oficiales, además del comandante general: el teniente coronel del Regimiento Fijo de Luisiana, Esteban Miró; teniente coronel y ayudante de campo, Pedro Rodríguez de la Buria; el coronel agregado al Flandes, el barón de Kessel; teniente del Luisiana, Maximiliano de Saint Maxent; el ingeniero Francisco Gelabert; el ayudante de campo de la Luisiana Gilberto Guillemard; el capitán y ayudante mayor del regimiento Navarra, Benito Pardo de Figueroa y el contador del ejército de La Habana José Covarrubias.

Al tiempo de zarpar la expedición a Pensacola, se recibió de La Habana una buena noticia: Holanda se había constituido nuevo aliado contra los británicos. La escuadra de Rodney había tomado el 3 de febrero las islas holandesas de Curacao y San Eustaquio y con ellas cuatrocientos barcos entre españoles, franceses, norteamericanos y holandeses. Rodney no había dejado de ser el terror del Caribe.

DIARIO DE OPERACIONES DE LA EXPEDICIÓN CONTRA LA PLAZA DE PANZACOLA EN LA FLORIDA OCCIDENTAL, POR EL GENERAL DON BERNARDO DE GÁLVEZ

(Transcripción resumida del mismo, archivado en el legajo n° 8 de la colección *Conde de Clonard* del Servicio Histórico Militar).

1781

Diario

de las operaciones de la expedición contra la Plaza de Panzacola concluída por las armas de S.M. Católica, bajo las órdenes del Mariscal de Campo D. Bernardo de Gálvez.

Frustrada por el uracán la expedición que salió de la Habana contra Panzacola en 16 de octubre de 1780, regresó su Comandante D. Bernardo de Gálvez al Puerto de la salida el 17 de Noviembre, con el dolor de ignorar el paradero de las embarcaciones de su comboy, de las cuales dispersadas por el temporal, unas fueron a parar a Campeche, otras al río Misisipi, algunas a otras partes y se cree haber perecido una mediante no saberse su suerte. Luego que llegó a La Habana el referido General, reiteró sus antiguas pretensiones de que socorriese el Fuerte de la Mobila con víveres y tropas, así por hallarse escasísimo de aquéllos, como por estar amenazado de un ataque. En fuerza de sus instancias, mandó la Junta de Generales se habilitasen los buques correspondientes al transporte de 500 hombres, y alguna cantidad de comestibles, y este pequeño comboy se hizo a la vela en 6 de Diciembre al mando del Capitán de fragata D. Joseph de Kada; pero sin embargo que a pocos días de navegación arribó felizmente a la boca de la Mobila, no se determinó entrar en su bahía por haber encontrado (según aseguró) alguna variación en el canal, y se hizo a la vela en derechura a la Bahía del río Misisipi, a cuya entrada dexó el comboy y se restituyó a la Habana.

Esta circunstancia, la de haber entrado dos fragatas Inglesas en la misma bahía de la Mobila cinco días después, y la noticia de haber sido atacado el destacamento del Village, movieron a D. Bernardo de Gálvez a instar para que ya que el estado de las cosas no permitiese renovar la expedición desde la Habana, se le diese alguna tropa con que reforzar las guarniciones de la Luisiana y Mobila y desde allí, si hallase una oportuni-

dad feliz, empeñar para un nuevo esfuerzo a los habitantes de aquellas provincias y caer sobre Panzacola, o si esto no podía ser, conservar con más seguridad lo conquistado. Aprobada la idea por la Junta de Generales, acordó se señalasen 1.315 hombres de varios Regimientos, incluidas 5 Compañías de Granaderos y se providenciase a la habilitación de buques de transporte, destinando para conserva de éstos, el navío de guerra el San Ramón del mando de D. Jose Calbo, la fragata Sta Clara del de D. Miguel Aldarete, la Sta Cecilia del de D. Miguel de Goicoechea, el chambequín Caimán del de D. José Serrato y el Paquebot San Gil del de D. José María Chacón, todos a las órdenes del citado General D. Bernardo Gálvez, por petición suya y asenso dela Junta, como consta del siguiente oficio pasado por el General de Marina al Comandante de navío D. José Calvo.

A la pregunta que V.S. me hace en papel de ayer sobre quele manifieste los términos en que debe ir subordinado y obedecer las órdenes de D. Bernardo de Gálvez, Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, le prevengo que las que diese a V.S. el espresado D. Bernardo, relativas a la conquista de Panzacola, debe V.S. ponerlas en práctica, según su conocida notoria inteligencia, sin separarse enlo demás de lo que previenen las Reales Ordenanzas dela Armada, procurando que en todos los buques desu mando se observe la exacta disciplina que en ellas se previene. Nuestro Señor guarde a V.S. muchos años. Habana 6 de Febrero de 1781 -Juan Bautista Bonet- Sr. D. José Calvo.

Cuando todo se hallaba pronto por parte del Ejército y Marina, se embarcó el General el 13 de Febrero, a pesar de hallarse algo decadente de salud; la tropa egecutó lo mismo el 14 y el 28 por la mañana salió el comboy con toda felicidad que a las 3 de la tarde ya se hallaban todos los buques a una vista del puerto de la Habana. Desde luego dispuso el General que el Capitán D. Maximiliano Maxent pasase en una goleta a la Nueva Orleans con órdenes para el Comandante delas armas, a fin de que la tropa quehabía dejado D. José Rada y la que arribó por el temporal de Octubre, saliesen al encuentro del comboy, a cuyo efecto con fecha de 1º de Febrero tenía ya prevenido se hallase pronta a hacerse a la vela al primer aviso.

El primero de Marzo, comisionó el General a Miguel de Herrera, Subtente del Regimiento de España pº que en una goleta, pasase a la Mobila con cartas para D. José Ezpeleta, en que le manifestaba su ánimo derecalar al Este de la Ysla de Sta Rosa, que está delante del Puerto de Panzacola, advirtiéndole que marchase por tierra a unírsele con la tropa de su mando.

El 4 a las 9 de la mañana, concurrieron a bordo del navío Comandante, los de los buques de guerra y les manifestó el General que su proyecto

era recalar sobre la Ysla de Sta Rosa, desembarcar en ella y atacar la batería que los enemigos en la punta de Sigüenza, a fin de facilitar a nuestros buques la entrada en el Puerto sin el riesgo de pasar por entre fuegos que se cruzasen y allí esperar los refuerzos de la Luisiana y Movila. Todos los oficiales de Marina aplaudieron este pensamiento y entre ellos hubo quienes solicitaron con empeño la gloria de ser los primeros que entrasen. A las 10 se avistaron a Barlobento 11 embarcaciones, a las que se dió caza hasta la entrada de la noche, y según su rumbo, pareció iban en vuelta de la sonda de la Tortuga y se creyó ser el comboy que se esperaba en Veracruz con víveres.

El 5 a las 6 de la tarde, se incorporó a la escuadra el bergantín el Galveztown que había salido de la Habana el día 2.

El 9 a las 6 de la mañana se avistó tierra y a poco rato se reconoció ser la Ysla de Sta Rosa: a las 8 se oyeron algunos cañonazos de que se infirió la proximidad del Puerto de Panzacola.

A las 2 de la tarde, llamó el General a la orden y en ella previno que toda la tropa se hallase pronta a desembarcar aquella noche y que cada soldado llevase consigo 3 días de ración; bien entendido que los granaderos y cazadores serían los primeros para el desembarco y que debían concurrir en lanchas por la popa del navío S. Ramón cuando en él se pusiesen 2 faroles.

Ala oración dió fondo el comboy a distancia de un tiro de cañón de tierra y a 3 leguas a barlovento de la boca del Puerto.

A las 8 de la noche, se puso señal en el navío Comandte para que concuriesen las lanchas con la tropa y puesto el General a la cabeza de ellas se ejecutó el desembarco... Dió sus órdenes al Coronel D. Francisco Longoria para que emprendiese la marcha con los granaderos y cazadores y regresó al navío a fin de avisar el total desembarco, de modo que a las tres de la mañana del día 10, todas las tropas marchaban en columna por la orilla del mar de la referida Ysla.

La gente del primer desembarco llegó a la punta de Sigüenza a las 5 y media de la mañana, donde no se halló el fuerte que se pensaba y sí solo 3 cañones de montados y una batería de faginas medio deshecha que con poco conocimiento de su utilidad, habían abandonado los enemigos. A corto rato se vieron venir a tierra hacia aquella parte, dos lanchas con 7 hombres, a los cuales apresaron los cazadores. Advertido esto por el fuerte de las Barrancas coloradas que está enfrente de la punta de Sigüenza a distancia como de 500 toesas, y por dos fragatas Ynglesas que se hallaban fondeadas a su inmediación, comenzaron un vivo fuego sobre nuestra tropa, sin haber ocasionado la menor desgracia, por lo que el terreno proporcio-

naba varias pequeñas lomas para guarecerse y además se levantó alguna tierra para mayor seguridad.

Los prisioneros declararon, que la plaza estaba bien provista de víveres y tropa y que de día en día, se esperaba un considerable refuerza de Jamaica.

El 10, a las 11 dela mañana, varió el fondeadero el comboy con más inmediación al Puerto: aquella tarde, hizo el General varios reconocimientos en la parte de la Ysla que mira a la Plaza, con objeto de elegir un parage apropósito donde formar una batería que alejase y ofendiese a las fragatas enemigas que cañoneaban nuestro campo y proteger la entrada del comboy y escuadra, a cuyo efecto mandó desembarcar dos cañones de a 24, dos de a 8 y cuatro de a 4, con las municiones correspondientes y 150 tiendas de campaña para la tropa.

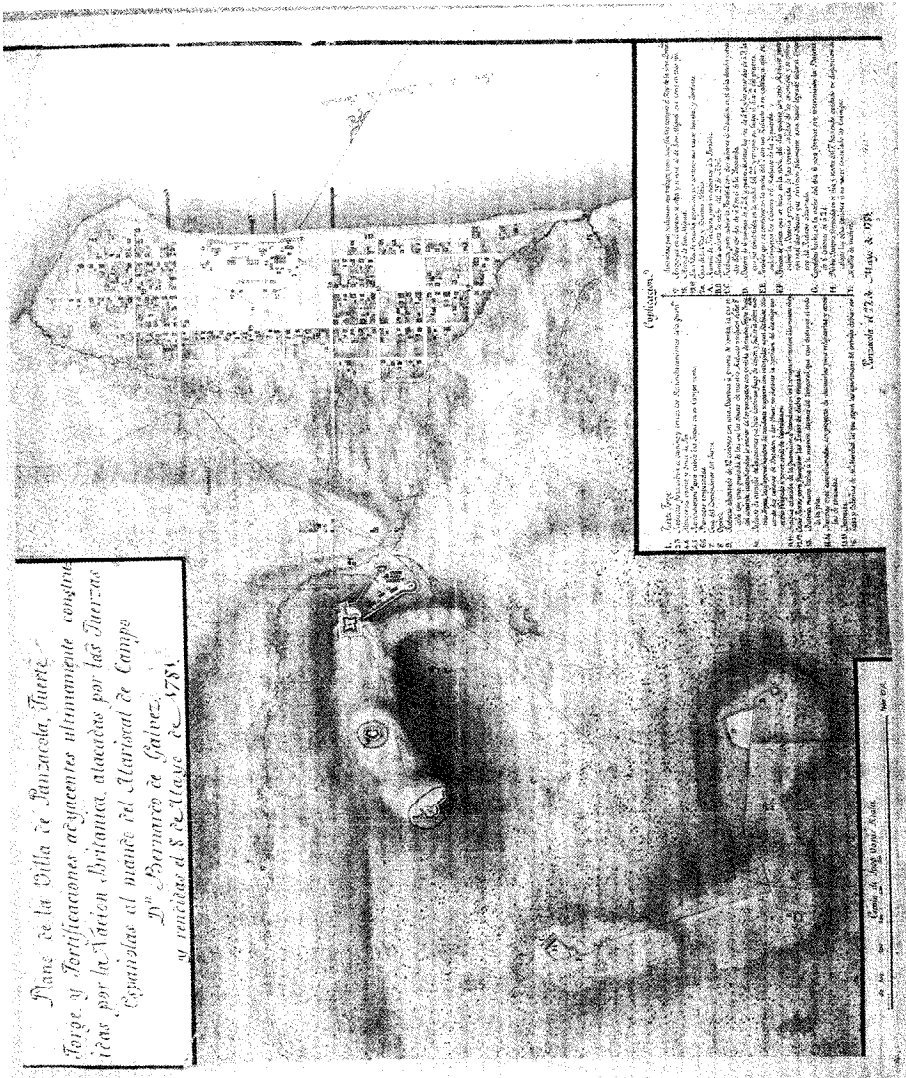
El 11 antes de amanecer, comisionó el Comandante de la escuadra sugetos p^a que sondease la barra del puerto y se formó una batería a barbeta frente delas Barrancas, con dos cañones de a 24 que comenzaron a jugar a las 3 1/2 dela tarde contra una delas fragatas Ynglesas que se hallaban a la vela.

A esta hora se levó la escuadra y comboy con objeto de entrar en el Puerto, lo cual visto por el General, se embarcó inmediatamente en el Navío San Ramón para hallarse en esta operación y pasar por el riesgo, pero fueron tantas las instancias desu Capitán D. José Calbo para que regresase a tierra que hubo de ceder. Al poco rato de haber mareado todo el Comboy, se reparó que el navío había virado de bordo y que volvió a fondear donde antes se hallaba con todos los demñas buques que le seguían, motivado de que al tiempo de atravesar la barra tocó en ella, según informó al General, el Mayor de órdenes dela escuadra.

Toda la noche la empleó el Comandante del navío D. José Calbo en alijarle hasta haberle dejado en disposición de que verificase su entrada....

El 12, continuó el tiempo contrario y temiéndose el General que si arrebataba, tal vez no podrían mantenerse las embarcaciones en una playa descubierta, y que si se veían en la precisión de hacerse a la vela quedaría el campo sin víveres, dispuso que se trajeran cuantos se pudieran para precaver este accidente y así se egecutó con la mayor actividad.

A las 8 dela mañana pasó el General al extremo dela punta de Sigüenza a reconocer algunos trabajos que allí se estaban egecutando y a las 2 dela tarde, se fué a bordo del S. Ramón para tratar que las fragatas de guerra enemigas entrasen en el puerto a la cabeza del comboy y que el navío lo egecutase después p^a evitar por este medio si segunda vez baraba, que los demás buques se detuviesen como había sucedido la tarde anterior; pero habiéndote obgetado los oficiales de Marina algunas dificultades,



Plano de la Villa de Panzacola, Tarragona,
 y Fortificaciones adyacentes ultimamente construidas
 por la Nacion Britanica, atacadas por las Fuerzas
 Espanolas al mando del Mariscal de Campo
 D^{no} Bernardo de Galvez,
 en el mes de Agosto de 1758.

Escala de 1000 Varas
 Hecho en Madrid el 10 de Mayo de 1758
 Juan de Dios de la Cruz

Explicacion.

1. La Villa de Panzacola, en el valle de Tarragona, a 20 leguas de la ciudad de Tarragona.
 2. El castiello de San Juan, en el cerro de San Juan, a 1/2 legua de la villa.
 3. El castiello de San Pedro, en el cerro de San Pedro, a 1/2 legua de la villa.
 4. El castiello de San Pablo, en el cerro de San Pablo, a 1/2 legua de la villa.
 5. El castiello de San Antonio, en el cerro de San Antonio, a 1/2 legua de la villa.
 6. El castiello de San Carlos, en el cerro de San Carlos, a 1/2 legua de la villa.
 7. El castiello de San Felipe, en el cerro de San Felipe, a 1/2 legua de la villa.
 8. El castiello de San Marcos, en el cerro de San Marcos, a 1/2 legua de la villa.
 9. El castiello de San Mateo, en el cerro de San Mateo, a 1/2 legua de la villa.
 10. El castiello de San Miguel, en el cerro de San Miguel, a 1/2 legua de la villa.
 11. El castiello de San Rafael, en el cerro de San Rafael, a 1/2 legua de la villa.
 12. El castiello de San Sebastian, en el cerro de San Sebastian, a 1/2 legua de la villa.
 13. El castiello de San Valentin, en el cerro de San Valentin, a 1/2 legua de la villa.
 14. El castiello de San Vicente, en el cerro de San Vicente, a 1/2 legua de la villa.
 15. El castiello de San Yago, en el cerro de San Yago, a 1/2 legua de la villa.
 16. El castiello de San Juan de los Rios, en el cerro de San Juan de los Rios, a 1/2 legua de la villa.
 17. El castiello de San Juan de los Baños, en el cerro de San Juan de los Baños, a 1/2 legua de la villa.
 18. El castiello de San Juan de los Montes, en el cerro de San Juan de los Montes, a 1/2 legua de la villa.
 19. El castiello de San Juan de los Pinos, en el cerro de San Juan de los Pinos, a 1/2 legua de la villa.
 20. El castiello de San Juan de los Valles, en el cerro de San Juan de los Valles, a 1/2 legua de la villa.

Lámina 94 del tomo II de Cartografía y Relaciones Históricas (Ultramar)

regresó a tierra y le escribió al Comandante del S. Ramón, manifestándole cuan necesario era intentar, desde luego, el paso del canal para evitar los riesgos de que un temporal de los regulares en aquella costa, forzase al comboy a separarse y dejarse al ejército abandonado: con cuyo motivo le advertía que ya podía contar con el auxilio de una batería de seis cañones de a 24 que había colocado él en la punta de la Ysla haciendo frente a la de los enemigos,.....

.....

El 13, continuó el desembarco de víveres y pertrechos, receloso siempre el General de que las demoras en forzar el puerto, diesen lugar a que los surestes que son tan frecuentes y temibles obligasen al comboy a hacerse a la vela. Sin embargo, en dicho día recibió la respuesta del Comandante de las fuerzas de mar reducida a pintar las grandes dificultades que hallaba aún después de consultar y oír el dictámen de los oficiales de su Escuadra, en aventurar; los buques de su mando, cuando le faltaban las noticias indispensables del fondo y dirección del canal, carecía de prácticos y comprendía que los fuegos enemigos deberían ofender por popa y proa a las embarcaciones sin posibilidad de corresponder estas útilmente con los suyos.

A las 3 de la tarde, dispuso el General que su Ayudante de campo D. Esteban Miró, pasase a la Mobila con instrucciones verbales para el Coronel D. José Ezpeleta a fin de convinar la unión recíproca de tropas con ventajas sobre el enemigo.

El 14

El 15

El 16, a las 8 de la mañana llegó de la Mobila la balandra del mando del Teniente de fragata D. Juan Riaño con cartas del Coronel Ezpeleta, en que avisaba al General que iba a ponerse en marcha con 900 hombres hasta la orilla del río de los Perdidos, distante de Panzacola cinco leguas; y que para pasar a la parte opuesta de éste, necesitaba que se le enviasen algunas lanchas. Este oficial, desde luego que llegó a la costa, pasó a presentarse al Comandante de la Escuadra, quien enterado de la comisión que traía, pasó al General el oficio siguiente:

‘Muy Señor mio: En el momento que D. Juan Riaño, me dió la noticia de hallarse el ejército de Mobila en la orilla del río de los Perdidos, he dado la providencia de disponer las lanchas armadas con diez días de víveres, y a fin de que en esta parte tenga cuanto pueda necesitar, voy a prevenir algunos más que le suministrase de este navío.

También voy a dar la orden al Pío, que cala menos agua, que vaya a cubrir esta pequeña expedición lo más cerca de tierra que sea posible, así

para libertarla de cualquiera embarcación que intente hacerle oposición, como para que le suministre al Sr. Ezpeleta algunos cañones y víveres si los necesita.

Soy del parecer, si V.S. gusta de servirse de él, de que la expedición se haga a primera noche luego que oscurezca, para no llamar la atención de los enemigos y salgan a hacer alguna incómoda oposición, pero en este particular V.S. hará lo que le parezca.

He elegido para que dirijan las lanchas, a mi segundo el Capitán de Fragata D. Andrés Valderrama y al primer Teniente de navío D. Antonio Estrada, los que llevan prácticos, ahuja de marear y un pilotín. Dios guarde a V.S. muchos años. A bordo del navío S. Ramón en ancla inmediata a la costa de la Ysla de Santa Rosa. 16 de Marzo de 1781. B.L.M. de V.S. su mas afecto servidor José Calbo de Irazábal. Sr. D. Bernardo de Gálvez'.

Respuesta del General

'Muy Señor mio: Paréceme bien cuando V.S. me dice en su oficio de hoy que ha dispuesto para auxiliar las tropas de la Mobila y quedo rogando a Dios guarde a V.S. m^a a^o Campo de Sta Rosa 16 de Marzo de 1788. Bernardo de Gálvez — Sr. D. José Calbo'.

El día 17 a las 11 de la mañana, la balandra del citado D. Juan de Riaño, sesituó de orden del General, a la entrada del puerto de Panzacola, acompañada del Bergantín el Galveztown y de las dos lanchas cañoneras. A las 4 de la tarde, llegó de la Mobila el Alférez D. Miguel Herrera con cartas para el General, del Coronel Ezpeleta, quien le avisaba hallarse marchando con sus tropas para reunírsele.

Reconociendo el General que se tardaba demasiado en resolver la entrada de la Escuadra con el comboy y temiendo que tal vez por algún recio viento se viese obligada a dar la vela para no estrellarse en la costa, dejando por consecuencia abandonadas las tropas en la Ysla sin medios con que subsistir en ella, determinó ser él mismo el primero que forzase el puerto, en el firme concepto de que este último recurso podría estimular a los demás a que le siguiesen, y con efecto, a la tarde del 18 a las dos y media de ella, se embarcó en un bote para ir a bordo del bargantín Galveztown que se hallaba fondeado a la boca del puerto de Panzacola, y despues de haber arbolado una corneta echó por este buque el salvo correspondiente, se hizo en él a la vela seguido de sus lanchas cañonera y de la balandra del mando de D. Juan Riaño, únicas embarcaciones que se hallaban privativamente a sus órdenes. El fuerte de las Barrancas hizo todo el fuego posible, con particu-

laridad al Galveztown, no pudiendo ignorar por la insignia q̄ llevaba que en él iba el General, pero a pesar de sus esfuerzos entró en el puerto sin el menor daño, no obstante las muchas balas que le atravesaron velas y jarcias y con aplauso extraordinario del ejército que con continuados vivas, manifestaba al General su contento y la inclinación que le tiene.

A la vista de esto, determinó la escuadra hacer su entrada el día siguiente, a escepción del navío S. Ramón que ya sehabía lastrado.

El 19, a las 2 de la tarde, se hizo a la vela el comboy precedido de las fragatas del Rey y desde que la primera comenzó a sufrir el fuego hasta que todo el comboy se halló libre de él, medió una hora sin que el extraordinario fuego que hizo el Fuerte delos Redclifts en las Barrancas, no obstante las averías que causó en los buques, resultase la menor desgracia personal. Durante este tiempo, anduvo el General ensu falúa entrelas embarcaciones para darlas el auxilio que necesitasen.

A las 9 dela tarde, determinó el General pasar en un bote alrío delos Perdidos, para instruir personalmente a Ezpeleta desus intenciones. Con efecto, se embarcó con sus Ayudantes ysalió del puerto, manifestando así que la misma posibilidad que había para entrar, había para salir; pero el viento contrario y las corrientes que lo eran igualmente, le obligaron a regresar al Campo a las 11 de la noche.

El día 20, por la mañana, comisionó a un oficial para que pasase a Panzacola conuna carta para el General Campbell, concebida en estos términos.

'Escmo. Señor: Muy Sr. mío: Los Yngleses enla Habana intimaron con amenazas que no se destruyesen, quemasen, ni echasen a pique las fábricas y buques así del Rey como de particulares sopena de ser tratada con el mayor rigor. La misma prevención hago a V.E. y demás a quienes competa con las mismas condiciones. Dios guarde a V.E. muchos años. Campo de la Ysla de Sta. Rosa. 20 de Marzo de 1781. Escmo.Sr. B.L.M. de V.E, su más atento servidor. Bernardo de Gálvez __ Escmo Señor D. Juan Campbell'.

Por la tarde, pasó el General en un bote a reconocer la playa opuesta del puerto para elegir parage a propósito donde desembarcar las tropas que habían de operar:

A las 8 de la noche

El día 21, muy temprano, llegó de Panzacola el oficial comisionado y entregó al General una carta de Campbell, concebida en estos término:

'Escmo. Sr. __ Muy Sr. mío. Las amenazas del enemigo que nos embiste noson consideradas bajo otro aspecto que el de un ardid o estratagema de guerra de que se vale para seguir sus propias ideas. Confío en que no

haré en mi defensa de Panzacola (viendo que estoy atacado) nada contrario a las reglas y costumbres dela guerra; pues me considero con obligación hacia V.E. por su franca intimación, aunque le aseguro que mi conducta dependerá más bien dela suya en respuesta a las proposiciones que el Gobernador Chester le enviará mañana acerca delos prisioneros y las más relativas a la Ciudad de Panzacola que de sus amenazas. Interín quedo de V.E. su más humilde y obediente servidor. Juan Campbell. Cuartel general de Panzacola a 20 de Marzo de 1781 __ Escmo. Sr. Bernardo de Gálvez'.

A medio día llegó un Parlamentario de Panzacola, un Ayudante de Campo del General Campbell, con cartas de éste y del Gobernador Chester para el Sr. Gálvez, y venía acompañado del Teniente Coronel D. Alejandro Dickson, que quedó prisionero en la conquista de Baton Rouge y residía en Panzacola bajo palabra de honor:

Copia de la Carta del General Campbell

Muy Sr. mio: Dictando la humanidad la preservación delos inocentes individuos, en cuanto es posible, de las crueldades y devastaciones dela guerra, y siendo evidente que la guarnición de Panzacola nopuede defenderse sino conla destrucción dela Ciudad y por consiguiente con la total ruina de un gran número dehabitantes y deseoso yo, por otra parte, de conservar la Ciudad y guarnición al vencedor a que deba concurrir por la esperanza de quela palma dela victoria recaerá sobre las tropas que tengo el honor de mandar, he abandonado la guarnición de Panzacola; pero conociendo quela conservación dela Ciudad y sus edificios pende de V.E. y de mí ó (en otros términos) q' está en arbitrio de ambos actualmente el destruirlos o nó, propongo a V.E. quela espresada Ciudad y edificios, sean conservados enteros y sin malicioso daño por ambos partidos, desde el sitio del reducto Real de la Marina al Fuerte Jorge y otros adyacentes en donde propongo disputar la conservación dela Florida occidental a la corte Británica bajo las siguientes estipulaciones:

Que mi

[Eludimos las siguientes cartas entre Gálvez y Chester con las entrevistas del general español con Dickson y el ayudante del general Campbell]

El 22, a las 9 y media dela mañana, se dejó ver el Coronel Ezpeleta con sus tropas en la orilla opuesta dela Ysla dentro del puerto, en cuyo momento pasó el General con 500 hombres, incluso los granaderos, a reforzarle y

dar lugar a que descansasen aquéllas; y después de haber comunicado sus órdenes para que acampasen, regresó de la Ysla.

[Prosiguen las cartas entre Gálvez, Campbell y Chester, referidas a los temas anteriores del bombardeo a los edificios, cuidado de la población civil, trato de prisioneros, etc.]

Esta noche toda la tropa durmió acampada en la villa que mira el Puerto, para estar mas pronto a pasar por la parte donde estaba la que llegó dela Mobila.

El 23, por la mañana, se empleó en hacer planchas para pasar la artillería a tierra firme y en la conducción de tiendas y municiones. A las 9 de la mañana se descubrieron velas q^e desde luego se creyó fuese el comboy de la Nueva Orleans. Alas 4 dela tarde, entró este en el Puerto a pesar del fuego delas Barrancas, sin haber causado la menor desgracia, a escepción de alguna pequeña abería depoca consideración enlas velas. Los buques de que se componía eran 16 con 1.400 hombres, varios cañones de batir y municiones; pero faltaban otros 3 que se habían separado la noche anterior.

El General dió las órdenes correspondientes para que tanto la tropa embarcada como la que se hallaba enla Ysla de Sta Rosa, estuviere dispuesta a pasar la mañana siguiente a la tierra firme, a unirse conla que allí estaba acampada.

En este mismo día pasó el Coronel Ezpeleta con el cuartel maestre a reconocer el estero dela boquilla para mudar el campamento con sus inmediaciones a la Plaza.

El 24, dispuso el General que toda la tropa acampada enla Ysla de Sta Rosa, se embarcase enlos buques marchantes paraser conducida por mar al parage donde se estableciese el campo en tierra firme, a fin dehacer el sitio del Fuerte Jorge y demás adyacentes, cuya providencia se puso en egecución a las 4 de la tarde, a escepción de 200 hombres que quedaron ocupando la Ysla.

El 25, por la mañana, llegaron al campo dos marineros Yngleses delas Barrancas, quienes declararon al General la fuerza y estado del Fuerte. Esta misma mañana, algunos Yndios emboscados sorprendieron varios soldados quehabían pasado de las guardias abanzadas y mataron e hirieron algunos de ellos, cometiendo con los cadáveres su acostumbrada crueldad de arrancarles la cabellera y otras.

Al medio día, llegó al campo el Teniente Coronel Dikcson consu equipage y algunos otros prisioneros Yngleses que residían en Panzacola mientras no fuesen llamados.

dar lugar a que descansasen aquéllas; y después de haber comunicado sus órdenes para que acampasen, regresó de la Ysla.

[Prosiguen las cartas entre Gálvez, Campbell y Chester, referidas a los temas anteriores del bombardeo a los edificios, cuidado de la población civil, trato de prisioneros, etc.]

Esta noche toda la tropa durmió acampada en la villa que mira el Puerto, para estar mas pronto a pasar por la parte donde estaba la que llegó dela Mobila.

El 23, por la mañana, se empleó en hacer planchas para pasar la artillería a tierra firme y en la conducción de tiendas y municiones. A las 9 de la mañana se descubrieron velas q^a desde luego se creyó fuese el comboy de la Nueva Orleans. Alas 4 dela tarde, entró este en el Puerto a pesar del fuego delas Barrancas, sin haber causado la menor desgracia, a escepción de alguna pequeña abería depoca consideración enlas velas. Los buques de que se componía eran 16 con 1.400 hombres, varios cañones de batir y municiones; pero faltaban otros 3 que se habían separado la noche anterior.

El General dió las órdenes correspondientes para que tanto la tropa embarcada como la que se hallaba enla Ysla de Sta Rosa, estuviese dispuesta a pasar la mañana siguiente a la tierra firme, a unirse conla que allí estaba acampada.

En este mismo día pasó el Coronel Ezpeleta con el cuartel maestre a reconocer el estero dela boquilla para mudar el campamento con sus inmediaciones a la Plaza.

El 24, dispuso el General que toda la tropa acampada enla Ysla de Sta Rosa, se embarcase enlos buques marchantes paraser conducida por mar al parage donde se estableciese el campo en tierra firme, a fin dehacer el sitio del Fuerte Jorge y demás adyacentes, cuya providencia se puso en egecución a las 4 de la tarde, a escepción de 200 hombres que quedaron ocupando la Ysla.

El 25, por la mañana, llegaron al campo dos marineros Yngleses delas Barrancas, quienes declararon al General la fuerza y estado del Fuerte. Esta misma mañana, algunos Yndios emboscados sorprendieron varios soldados quehabían pasado de las guardias abanzadas y mataron e hirieron algunos de ellos, cometiendo con los cadáveres su acostumbrada crueldad de arrancarles la cabellera y otras.

Al medio día, llegó al campo el Teniente Coronel Dikson consu equipage y algunos otros prisioneros Yngleses que residían en Panzacola mientras no fuesen llamados.

El 26, a la oración, se puso enmarcha el ejército, a fin de descabezar el estero de la primera boquilla y salir a la playa e igualmente con el objeto de sorprender algunos Yndios y escarmentarlos. La marcha que hizo esta noche latropa fue sumamente trabajosa por haber andado más de 5 leguas por bosques impenetrables, sembrados de Yndios y ocurrió la desgracia de que en la obscuridad y en la espesura, dos trozos de tropas que iban a ocupar el puesto señalado por distintos caminos, se tuvieron recíprocamente por enemigos, se hicieron fuegos y resultaron algunas muertes y heridas.

El 27, hizo el General reconocer la segunda boquilla y se ejecutó a pesar del fuego de algunas partidas de Yndios. A la una de la tarde llegó de Panzacola en calidad de Parlamentario, el consejero Stibenson, con proposiciones al General de parte del Gobernador Chester.

Ocupado por la tropa un parage que pareció a propósito para establecerse en él, dispuso el General que campase la tropa y se estragesen de los buques marchantes los víveres y útiles correspondientes a este efecto. A las 10 de la noche, algunas posiciones de Yndios que se hallaban emboscados en la proximidad del campo, se dirigieron a las fogatas que tenían hechas los soldados, hicieron repentino fuego sobre ellos, matando algunos e hiriendo a otros; con cuyo motivo se mandó atrincherar el campo para mayor seguridad y que desembarcaran algunos cañones de batallón, a fin de usar de ellos a metralla contra los Yndios siempre que se acercasen.

El 28, a medio día, cuando ya el General se había convenido con el parlamentario Stibenson en la mutua observancia de algunos artículos pertenecientes a la seguridad de la villa de Panzacola, llegaron 3 marineros Españoles prisioneros que habían logrado escapar; quienes informaron que ellos y sus compañeros habían recibido maltrato en poder de los Yngleses, con cuyo motivo, disgustado el General, despachó a Stibenson, negándose a toda proposición.

A las tres de la tarde, una multitud como de 400 Yndios, se acercaron al campo e hicieron un vivo fuego contra las guardias abanzadas, pero salieron al encuentro las Milicias blancas y de color de la Nueva Orleans y se adelantaron algunos cañones de compañía, por cuyo medio se logró alejarlos por entonces, pero a las 12 de la noche volvieron a inquietar el campo por varias partes y aunque se les rechazó, tuvieron nuestras tropas algunas pérdidas de muertos y heridos.

El 29, se despachó una lancha a Mobila con orden para que las embarcaciones que allí había con artillería y municiones destinadas a la Expedición, se hicieran a la vela inmediatamente.

También se mandó reembarcar los cañones de campaña, pertrechos y útiles que había en el campo, por haber determinado el General mudarle más próximo a Panzacola por ser muy difícil su conducción por tierra.

Dispuso que las compañías de granaderos, cazadores y tropas ligeras, se preparasen a marchar al amanecer, y que después que este cuerpo hubiese ocupado la playa de la segunda boquilla, desembarcase el resto del Ejército en lanchas y se uniese sin recelo de ser atacado.

El 30, a las cinco de la mañana, se puso el General a la cabeza de esta columna que llegaba a 1100 hombres con 2 cañones de campaña y al pasar por un desfiladero avisaron las partidas abanzadas que había Yndios emboscados en las inmediaciones; con cuyo motivo mandó hacer alto y que se les hiciese fuego con el cañón, por cuyo medio se logró ahuyentarlos.

Alas 10 y media de la mañana, llegó el General con la columna a ocupar la playa que se había propuesto, distante del Fuerte Jorge un tiro largo de cañón, sin que los enemigos lo impidiesen. Aposesionadas las tropas de este terreno, se colocaron guardias abanzadas con cuantas precauciones dicta la prudencia y el arte para la mayor seguridad y al propio tiempo se dió aviso al Coronel Ezpeleta para que se embarcase con el resto de la tropa y viniese a unirse al nuevo campo.

Después pasó el General a bordo de la Fragata Clara para tratar del establecimiento de Hospitales y que los buques se acercasen todo lo posible al parage destinado para el campamento de las tropas.

A la una de la tarde fue llegando al campo el resto del Ejército y a breve rato se oyeron algunos fusilazos con las guardias abanzadas de resulta de haberse acercado algunos Yndios; con este motivo y el de continuar el fuego con mucho aumento, se determinó que las tropas ligeras saliesen al pronto de sostener las abanzadas y que las demás lo ejecutasen también para formar en batalla y ocupar una llanura desde donde con la mayor facilidad se podía acudir a todas partes en caso de que los enemigos hiciesen alguna salida. A poco rato se notó que con efecto, salían tropas del Fuerte Jorge, y que el fuego de los Yndios se había aumentado estraordinariamente, lo que observado por Ezpeleta, dispuso que las alas del Ejército se prolongasen a una cierta distancia para cortar a los enemigos la retirada en caso de que abanzasen, pero su objeto por entonces no fue otro que el de sostener a los Yndios y ofendernos con 2 cañones de campaña que adelantaron para hacernos fuego a bala rasa.

En estas circunstancias, llegó el General y viendo empeñada la tropa cercada por todas partes de una clase de enemigos, cuya verdadera ventaja consiste en no salir jamás de la espesura del bosque, tomó el partido de atacarlos con algunas compañías de Cazadores, con cuya maniobra y el

auxilio de 2 cañones de campaña, no solo obligó a los Yndios a retirarse precipitadamente, sino también a la tropa Ynglesa que los sostenía al abrigo del Fuerte Jorge, de modo que a las 7 de la tarde, ya el Ejército levantaba tierra para atrincherarse, apoyando su derecha a una casa inmediata a la playa y la izquierda a la segunda boquilla. Esta tarde hubo algunos muertos y heridos, entre éstos el Coronel del Regimiento del Rey, que murió al día siguiente y 2 oficiales Subalternos.

Como tenía dispuesto el General, el desembarco de la Artillería de campaña, se colocaron inmediatamente sobre la izquierda 6 cañones y otros 2 en el centro, a fin de hacer uso de ellos si el enemigo incomodaba de noche.

El 31 pasó el General a la referida casa para desde ella observar la Plaza y terreno de sus inmediaciones y la tropa se empleó en perfeccionar la trinchera y en armar varias tiendas que se dieron por Compañías.

A las 7 de la tarde llegó un desertor de Regimiento de Mariland, con la noticia de que el General Campbell pensaba en hacer una salida en los mismos términos que la tarde anterior y que en la Plaza había 600 hombres de tropa arreglada, 300 marineros, muchos negros armados y un gran número de Yndios acampados al abrigo del Fuerte Jorge.

El primero de Abril, a las 8 de la mañana, salió el Cuartel maestro con un destacamento de 500 hombres a reconocer una altura inmediata a los Fuertes del enemigo, y a poco rato se dejaron ver hasta 250 hombres de tropa Ynglesa, la que siempre se mantuvo en observación hasta que se retiró el destacamento.

A las 3 de la tarde, se embarcó el General en su falúa para reconocer el Fuerte e inmediaciones de la villa de Panzacola, y a poco rato de haber regresado al campo, llegaron tres desertores del Regimiento de Waldeck, quienes nada añadieron a lo que tenía dicho el primero. Todo este día se empleó la tropa en atravesar el monte inmediato al campamento para quitar a los Yndios donde guarecerse.

El día 2, por la mañana, llegaron 8 desertores de varios Regimientos con las mismas noticias poco más o menos, y las 10 salió el Cuartel maestro a señalar el nuevo Campo que se debía ocupar más inmediato al parage que se propuso al General para establecer sus baterías.

A la una de la tarde llegaron otros dos desertores con la noticia de que el General Campbell tenía determinado romper el fuego de sus Fuertes contra nuestro Campo a las tres de la misma: bajo de este concepto, dispuso el General que los dos tercios del Ejército con sus armas y útiles, se dirigiesen a donde se hallaba el Cuartel maestro para adelantar el trabajo de trinchera, con la prevención de que quedasen armadas las tiendas, a fin de que el enemigo no conociese el designio.

A la oración, se retiró igualmente el resto del Ejército, se abatieron las tiendas y se condujeron los cañones al nuevo Campo, dejando 110 hombres ocupando la casa que llaman de Nihil, hasta nueva determinación.

La tropa pasó la noche muy tranquilamente sin ser incomodada de enemigos. Alas 7 de ella se hizo a la vela dentro del Puerto una goleta Inglesa, lo cual advertido salieron dos lanchas de los buques de guerra y la del bergantín Galveztown y consiguieron apresarla sin oposición.

El día 3, mandó el General que se reirasen los 110 hombres que habían quedado en la casa de Nihil, y que diariamente saliesen dos compañías de cazadores a su inmediación para proteger la deserción, como asimismo que las lanchas de víveres y demás pertenecientes al ejército viniesen siempre por el arroyo de la segunda boquilla que cubría su espalda, respecto a que tenía suficiente agua para facilitar el transporte.

Por la tarde dió orden el General para que la Marina Real tomase cuatro buques Ingleses abandonados que se hallaban fondeados cerca de la Villa, entre los cuales había una fragata de guerra llamada Port-Royal que tenía a su bordo 60 prisioneros Españoles, y que pasase al río Scambier, para ejecutar lo mismo con algunas goletas que en él se hallaban también abandonadas, según noticia que tenía por los desertores.

El día 4, por la mañana, salió el Coronel Ezpeleta con el Cuartel maestro, a reconocer nuevamente la loma sobre que se pensaba atacar el Fuerte Jorge, y se destinaron varios trabajadores para demostrar las inmediaciones del campo, evitando por este medio que los Yndios se emboscasen para incomodarnos.

El día 5, llegaron al campo dos Jefes de la nación Falapuz, a quienes escuchó el General su embajada y quedaron acordes de proveer el Ejército de carne fresca.

Se continuaron por mañana y tarde los trabajos de desmonte y se determinó, como muy preciso, que se hiciese dos reductos con el arroyo de la barquilla para la protección de las lanchas, respecto a que los Yndios no dejaban de incomodarlas con su fusilería por varios parages.

A las 12 de la noche, se acercaron al campo e hicieron fuego, del que tuvimos un oficial herido en su tienda.

El 6, por la mañana, salió el General con el Cuartel maestro, el Mayor general y varios Ingenieros a reconocer la citada loma y elegir otro parage más próximo a ella para mudar el campo.

La tropa se empleó todo el día en la continuación del desmonte y acarreo de municiones que se comenzaron a desembarcar.

El 7, por la mañana, tuvo aviso el General de que el bergantín Galveztown, había apresado cerca del río Scambier, una polacra y 3 gole-

tas Ynglesas, y se presentó al General un Alférez del Regimiento de Mariland solicitando servir a sus órdenes, quien había ya tiempo que se había separado del servicio Ynglés, por un lance que había tenido consu capitán, e iba caminando parala Georgia cuando supo nuestra llegada.

Por este oficial y varios desertores que llegaron, supo el General que los Yndios se iban retirando: que se empleaban enrobar las casas delos habitantes y en quemar cuantas podían y tenían en el Campo: que consternadas varias familias, habían solicitado embarcarse a bordo del Galveztown y que la fragata Ynglesa dela Marina Real llamada Mentor, la había hecho quemar su Capitán Mr. Deans para que no quedase en poder delos Españoles.

En la misma mañana, despachó el General a los Gefes de la Nación Falapuz, con el encargo de que persuadiesen a los Yndios dela facción Ynglesa para que no se mezclasen deuna ni otra parte en la actual guerra y que tragesen cuanto ganado pudiesen.

Por la tarde se dió principio a los dos reductos dela boquilla en disposición de que sus fuegos se flanqueasen para alejar a los Yndios todo lo posible.

El 8, escribió el General a la Mobila, para que se viniesen algunos Yndios de los pueblos más afectos a España, a fin de que persuadiesen a los que continuaban incomodando el Campo a que se retirasen, y con el objeto también de emplearles entraer el ganado posible.

El 9, por la mañana, llegó el Consejero Stibenson en calidad de Parlamentario por parte del Gobernador Chester, para asegurar al General de que un destacamento Ynglés que se hallaba en Panzacola, notenía otro objeto que el de protegerla contra los desórdenes que egecutaban diariamente los Yndios y evitar los incendios.

Por la tarde recibió una carta del mismo Chester en quele avisaba haber dado libertad a II prisioneros Españoles que aún tenía.

Tambien llegó un desertor conla noticia de que en el Fuerte Jorge se aumentaban cada día las defensas y que acababan de llegar a él, 300 Yndios Crigs.

El 10, por la mañana, desertó un soldado del Regimiento dela Luisisana y fue pasado por las armas; otro del Principe por haber faltado a la subordinación a su sargento.

A las 2 dela tarde, salió el Cuartel maestre a señalar otro Campo con la intermediación que se deseaba paralos ataques, y en este día quedaron concluidos los reductos con cuatro cañones cada uno, de cuya defensa y guarnición se encargó la Marina.

El 11, llegó un desertor con la noticia de que el que se había pasado a los enemigos, había informado al General Campbell, de que el Ejército constaba de 3.000 hombres. Que este General esperaba un refuerzo de Yndios y un considerable socorro de Jamayca y que el día antes había escrito a la Georgia, solicitando también auxilios para arrojarnos del país.

El 12, a las 6 de la mañana se mudó el Campo al parage citado en el que procuró la tropa atrincherarse del mejor modo posible: sobre los ángulos que hacían frente a las avenidas, se colocaron varios cañones de campaña y se dió principio a un reducto a fin de ocupar un terreno que cerraba con seguridad el campo. Durante esto se mantuvo el enemigo sin hacernos fuego, hasta que a la una de la tarde tiró por elevación algunos cañonazos el Fuerte Jorge.

A las 4, avisaron las Guardias abanzadas que salían de éste varias tropas por divisiones, tal vez para atacarnos por distintas partes: a poco rato se adelantaron varias partidas de Yndios y comenzaron su fuego contra las compañías de Cazadores que se hallaban apostadas. El General dispuso que para sostener estas saliese otra con la orden de no internarse en el bosque por la conocida ventaja que resultaba a los Yndios de ejecutar lo contrario como ya se había experimentado otras veces.

Nuestros cazadores, correspondieron al fuego de los Yndios e Yngleses que los sostenían con la mayor firmeza; pero pareciendo al General que la continuación de aquél le empeñaría a que durase mas tiempo, mandó que se retirasen las citadas compañías al abrigo de la batería inmediata y que ésta rompiese el fuego a metralla siempre que el enemigo se acercase.

Al cuarto de hora de esto tuvo aviso el General de que los enemigos se acercaban por tres diferentes partes con 2 cañones pequeños, con cuyo motivo se adelantó para reconocer el parage a donde se dirigían y disponer cortarles la retirada; y habiendo llegado a una de las baterías abanzadas recibió un balazo que le atravesó un dedo de la mano izquierda y le hizo un surco en el vientre, con cuyo motivo se retiró a su tienda para que los cirujanos le hiciesen la primera cura, encargando al Mayor General Ezpeleta desde luego por sí y en su nombre cuantas providencias exigiese una pronta ejecución interin que sus heridas le permitiesen otra vez el presenciarlo todo.

Nuestras baterías que habían principiado su fuego, le continuaron contra los Yndios hasta que los hicieron retirar y cesó por ambas partes sin que experimentásemos en esta tarde otra pérdida que la de un muerto y 9 heridos.

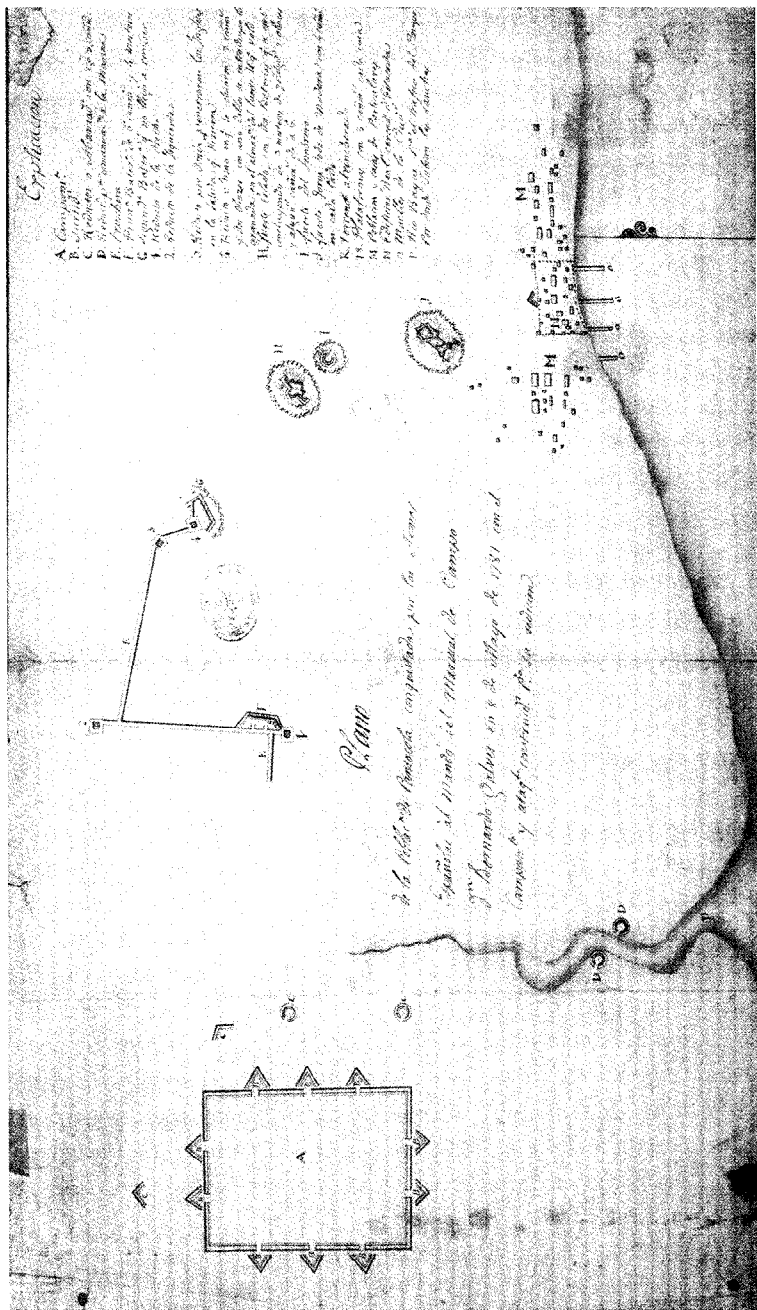


Lámina 95 del tomo II de Cartografía y Relaciones Históricas (Ultramar)

El 13, se destinaron mil hombres para desmontar las inmediaciones del campo, trabajar en el reducto, y transportar la artillería y efectos que había quedado en el campo anterior.

El 14, a las 6 de la mañana, salieron 600 hombres para hacer faginas y se dió principio a una escabación que debía servir de almacén de pólvora.

A las 4 de la tarde, llegó un desertor del Regimiento de Mariland y examinado por el General, dijo entre otras cosas que en la tarde del 12 había habido algunos Yndios heridos y un oficial Ynglés muerto.

A las 8 de la noche sobrevino una horrible tempestad de agua, viento y truenos, que puso en mucho cuidado a todo el campo por su duración, por cuya razón se previno que en caso de que los enemigos hiciesen alguna salida, usasen de la bayoneta hasta que se les municionase; la mayor parte de las tiendas se cayeron incluso la del Hospital, pronosticando los Cirujanos la pérdida de muchos heridos con el pasmo, teniéndonos en el mayor cuidado el recelo de que podía suceder lo mismo a nuestro General.

El 15, por la mañana, se suspendió todo trabajo para que la tropa enjulgase su ropa y pusiese en buen estado sus armas.

Por la tarde se destinaron 700 trabajadores para hacer faginas y acarrear municiones que ya entraban por la boquilla y llegaron 66 Yndios de la Nación Chastaé que el General había pedido a la Mobila, los cuales se acamparon entre el campo y reducto que acababa de concluirse.

También llegó un desertor de Caballería con la noticia de que el Fuerte Jorge con la tempestad pasada, se había resentido alguna cosa y que la tropa Ynglesa desertaría siempre que hallase ocasión de ello.

El 17, por la mañana, la compañía de Cazadores de Navarra, aprendió a un correo con varias cartas de oficio y de particulares para el Comandante del Fuerte de los Red-clifts; en una de ellas aseguraba el General Campbell que el Almirante Rowley le enviaría un considerable socorro, que su tropa se defendería hasta el extremo, que aunque experimentaba alguna deserción, lejos de causarle cuidado, aumentaba su seguridad porque quedaban los verdaderamente soldados y que además de haberle llegado varios Yndios Crigs, esperaba en breve un considerable refuerzo de otras naciones amigas.

Todo este día, continuó la tropa el acarreo de municiones y en hacer faginas.

El 18, entraron en el Puerto una saetía y un bergantín procedentes de la Habana con víveres, sin que el fuego de los Red-clifts les hubiese causado desgracia. Por los pliegos que traían para el General, se tuvo la agradable

noticia de que su padre el Presidente de Guatemala había arrojado a los Yngleses del Castillo de Nicaragua y para celebrarla mandó el General que conla artillería gruesa que había en el campo, se hiciese triple salva y se previno lo mismo a la Marina.

Este día, salieron los Yngenieros a reconocer la batería dela media luna quese hallaba abanzada al Fuerte Jorge, sin que los enemigos lo notasen y llegaron 3 desertores notificando la noticia de que el mismo día que decampó el ejército delas inmediaciones dela casa de Nihil, tenía determinado el General Campbell hacerle fuego con 40 cañones, varios obuses y morteros.

A las 11 de la noche hubo algún tiroeo de Yndios contra las guardias abanzadas, sin ocasionarse sino unas muy leves desgracias.

El 19, por la mañana, se repitió el reconocimiento dela batería media luna y se midió su distancia hasta el parage más oportuno para batirla, cuya repetición de reconocimientos era indispensable, pues no teníamos plano alguno exacto y el país se reduce a bosques enlos cuales cada paso era un riesgo y un choque conlos Yndios.

A las 2 dela tarde tuvo aviso el General quese hallaban a la vista 14 embarcaciones, entre ellas algunas de guerra, lo quele causó sumo cuidado considerando verosímil fuese el socorro que el enemigo esperaba.

A las 4, recibió otro aviso de que se descubrían hasta 21 y que parecían Españolas, pero como notenía noticia alguna por el correo dela Habana que había recibido el día antes, ni había pedido auxilios de esta clase, se aumentó su cuidado cada vez más y para salir de una vez de dudas, comisionó a un oficial de graduación a fin de que pasase a la bahía y examinase lo que era para providenciar sobre ello.

A las 8 de la noche, regresó este oficial afirmando quelos Gefes de Escuadra D. José Solano y Mr. Monteill, se hallaban cerca dela Ysla de Sta. Rosa con 15 navíos, 3 Fragatas y otras embarcaciones y 1.600 hombres de desembarco, bajo las órdenes del Mariscal de Campo D. Juan Manuel de Cagigal para reforzar nuestro egército.

El 20, por la mañana, vinieron al campo los Mayores de órdenes de la escuadra, para informar al General que con noticia que se tuvo enla Habana de que 8 navíos ingleses, varias fragatas y transportes, se habían dejado ver hacia el cabo de San Antonio, se creyó sería socorro para Panzacola y quese malograría la expedición, de suerte que para evitarlo habían determinado los Generales dela Junta el embarco de la citada tropa a bordo delos referidos buques.

Los dos Mayores de órdenes por parte del Sr. Solano y de Mr. Moteill, traían también la comisión de ofrecer al General la tropa de

Artillería y lade guarnición desus buques, a lo que condescendió para que tuviesen parte en la gloria de esta conquista. Ygualm^e dijeron al General que la fragata Francesa la Andrómaca había barado cerca dela costa y que parasalir se había visto precisada a arrojar al mar algunos cañones.

*Este día se empleo en hacer faginas y acarrear la artillería y municio-
nes de guerra.*

*El 21, no permitió la mucha marejada quehabía el desembarco dela tropa, pero se destinaron varias goletas para recibirla de a bordo delos navíos. Por la tarde entró en el puerto el cutrer Francés el Serpent y a su bordo el Mariscal de Campo D. Juan Manuel Cagigal y D. Francisco Saavedra, quienes inmediatamente pasaron al Campo para ver al General yse quedaron en él. Los Red-Clifts dispararon contra el cuter al tiempo desu entrada 16 cañonazos pero ninguno letocó en casco ni arboladura. En lamisma tarde dió fondo la escuadra en 7 brazas de agua como media legua de tierra para disponer el desembarco delas tropas que porla noche comen-
zó a egecutarse.*

*El 22, por la mañana, el Mariscal de Campo Cagigal, el Mayor Gene-
ral y el Cuartel maestre, salieron a reconocer el punto del ataque dela media luna y siendo descubiertos por el enemigo les hizo algún fuego de cañón hasta que se retiraron.*

*En la propia mañana entraron en el campo dos compañías de Cazado-
res Franceses y las de artillería dela misma nación, a quienes seles señaló el terreno que les correspondía p^o acampar.*

*En el resto del día fue llegando la demás tropa del Ejército y Marina con sus respectivos Gefes a la que se le dió destino y para que se hiciese el servicio con toda exactitud, mandó el General que se formasen en 4 Brigadas de todo el ejército: la primera al mando del Brigadier D. Gerónimo Girón: otra al del Coronel D. Manuel de Pineda: otra al del Coronel D. Francisco Longoria: la 4^a al del Capitán de Navío D. Felipe López Carrizosa y la División Francesa al del Capitán de navío Mr. de Boider-
not.*

*Estado que demuestra la organización que se dió al egército espedicio-
nario el 22 de abril del año 1781 para atacar la plaza de Panzacola:*

*General en gefe el mariscal de campo D. Bernardo de Gálvez Segundo el
mariscal de campo D. Juan Manuel de Cagigal
Cuartel maestre general Navas
Mayor general el Coronel D. José de Ezpeleta
Yngeniero del detall.*

Brigadas

<i>Rey</i>		<i>Aragón</i>	<i>Coronel</i>
<i>1ª Príncipe</i>	<i>Brig Gerónimo Girón</i>	<i>3ª Fijo Luisiana</i>	<i>Francº Longoria</i>
<i>Mallorca</i>		<i>Hibernía</i>	<i>Flores</i>
<i>Soria</i>	<i>Coronel</i>	<i>Navarra</i>	<i>Coronel</i>
<i>2ª Guadalajara</i>	<i>Manuel Pineda</i>	<i>4ª Fijo Habana</i>	<i>Felipe Lopez Carrizosa</i>
<i>España</i>		<i>Flandes</i>	

Franceses

<i>Engenois</i>	
<i>5ª</i>	<i>Coronel Mr. Boidernot</i>
<i>Royal Marine</i>	

Enemigos

Gobernador comandante general de la West Florida el general Mister Jhon Campbell

Regimientos ingleses

*Mariland
Waldeck*

El 23, a las 10 dela mañana, salió el Cuartel maestre con un destacamento de Cazadores a tirar la paralela a la media luna y siendo advertida por los enemigos esta operación, le hicieron un vivo fuego.

A las 12 llegó un desertor conla noticia de que el General Campbell pensaba establecer una nueva batería provisional a un lado dela media luna y que todas las noches dormía la guarnición sobre las armas temiéndose una sorpresa.

El 24, por la mañana, salió el Brigadier Girón con dos Yngenieros al parage donde debían establecerse las baterías; pero los enemigos que muy al principio descubrieron las compañías de Cazadores quelos acompañaban, comenzaron a hacer fuego con el cañón, dando lugar a quesaliese algunatropa a unirse con los Yndios que ya incomodaban con su fusilería: los Cazadores correspondieron con mucha firmeza al fuego que seles hacía, ya abanzando, ya en retirada, segun lo exigían las circunstancias; pero como el fuego duraba bastante tiempo, dispuso el General quesaliesen del campo dos compañías mas, para sostener las otras. Duró este empeño una

larga hora y en él tuvimos 15 soldados heridos y aunque ignoramos la pérdida del enemigo, sabemos que han quedado muertos en el campo algunos Yndios, además de uno que se pasó al campamento la misma mañana.

Por la tarde volvieron los Yndios con alguna tropa a incomodar las guardias abanzadas y después de un largo tiroteo se retiraron, habiendo herido a 3 soldados.

A la oración toda la artillería del fuerte Jorge, la de la circular y media luna, comenzó a hacer salva, y a poco rato la fusilería hizo su descarga, sin que supiésemos, por entonces, el motivo de este júbilo.

El 25, salieron del campo algunas compañías de Cazadores para custodiar al Comandante de artillería y algunos oficiales franceses que fueron a reconocer el punto de ataque y a poco rato de haber llegado a él salieron varios Yndios y les hicieron fuego, a que correspondieron en retirada los Cazadores, quedando heridos 5 de éstos.

A las 11 dela mañana llegó al campo en calidad de Parlamentario por parte del Gobernador de Panzacola D. Pedro Chester, el consejero Stibenson para tratar varios asuntos pertenecientes a la neutralidad dela Villa, y dijo al General que la salva hecha la noche anterior había sido en celebridad delas ventajas que el Lord Cornwallis acababa de conseguir contra los Americanos.

A la una dela tarde llegó un desertor de Caballería exagerando estrordinariamente las fuerzas del enemigo, y pareciendo al General que era hombre sospechoso dispuso sele pusiese a bordo con seguridad.

El 26, a las 4 dela tarde, salieron los Yngenieros con 5 compañías de granaderos y Cazadores para hacer el último reconocimiento de la media luna y trazar la trinchera que aquella noche había de abrirse; pero cuando ya estaban a mitad de su operación, se vieron precisados a suspenderla a causa de que muchas partidas de Yndios sostenidos por 200 hombres de tropa comenzaron a hacer fuego; los nuestros les correspondieron y los atacaron con dos cañones de campaña que llevaban, obligándolos a retirarse precipitadamente a la media luna; pero ésta comenzó a jugar la artillería de grueso calibre y varios obuses, evitando por entonces la continuación del espresado reconocimiento; sin embargo se dejaron señales nada equívocas para distinguir por la noche donde debía comenzarse a abrir la trinchera.

A las 10 dela noche, salieron 700 trabajadores con 300 faginas, sostenidos de 800 granaderos y cazadores, para dar principio a éste, era preciso atravesar un espeso bosque, cuyo tránsito le hacía mas difícil la multitud de árboles cortados y varias fosas que había de trecho en trecho, por cuya razón y la de verse observar mucho silencio en la marcha, se emprendió ésta a paso lento.

El 27, ya sería más de la una, cuando aun no estaba toda la tropa apostada en las avenidas: la noche era tenebrosa, con truenos, grandes relámpagos y algunos aguaceros. Estas consideraciones y la de que, tal vez, no tendría tiempo la tropa de cubrirse antes que amaneciese, fue causa de que se suspendiese el trabajo por entonces y de que regresasen al campo a las 3 de la mañana, dejando de observación apostadas en aquel parage dos compañías de granaderos.

Al ser de día, salieron otras dos de cazadores a relevar a aquéllas con la orden de impedir que el enemigo reconociese o quitase las señales que estaban puestas para abrir la trinchera.

A las 8 de la mañana, llegaron dos desertores, y entre otras cosas que digeron al General no omitieron la de que continuaban los enemigos sus trabajos para defenderse hasta el último extremo.

A las 9, se oyeron desde el campamento varios fusilazos hacia el parage donde estaban apostados los cazadores y al mismo tiempo tuvo el General la noticia de que los enemigos cortaban algunos árboles al frente de la media luna y recelando que tal vez se atrincherasen allí al abrigo de ella para frustrar nuestras ideas por aquella parte, dispuso que inmediatamente saliesen 4 compañías con dos cañones de campaña para que unidas a las otras dos, protegiesen a los Yngenieros que nuevamente iban a trazar la línea; y que verificado esto impidiesen la continuación del corte de árboles procurando alejar a los enemigos sin esponer demasiado la tropa.

Concluida la operación de los Yngenieros sin ser advertidos por los Yngleses, se dirigieron 4 compañías de cazadores hacia el parage donde se cortaban árboles y descubrieron que con efecto, habían dado principio a un pequeño parapeto, y que ya tenían colocados dos cañones de campaña en la proximidad, al punto por donde seguía nuestra paralela.

A poco rato hicieron fuego con éstos, al que seles correspondió con bastante viveza con los dos que llevaba nuestra tropa y con el de fusil y seles hubiera arrojado de aquel puesto, a no hallarse sostenidos los enemigos de la media luna que comenzó a arrojar bombas y granadas reales, hasta que a la una de la tarde, se relebaron nuestras compañías con la pérdida de 4 hombres y 12 heridos: por la tarde, desertaron dos soldados del Regimiento de la Luisiana, por lo que se suspendió abrir esa noche la trinchera no obstante haberse dado las órdenes.

A las 11 de la noche llegó al campo un desertor y examinado por el General, dijo que en la Plaza había más de 600 hombres de tropa reglada, sin incluir marineros, negros y algunos paisanos que tomaban armas: que el número de Yndios llegaba entonces a 400 y que sobre la derecha de la media luna hacían los enemigos una batería para aumentar la defensa.

El 28, salieron por la mañana 200 trabajadores para abrir una calle en el bosque, por donde pudiese la tropa dirigirse al parage donde se había de abrir la trinchera y en la misma desertaron dos soldados de Hibernia y un cabo de la Luisiana.

Por la tarde, los mismos trabajadores con los útiles necesarios, empezaron a construir un camino cubierto para dirigirse por él a una pequeña loma donde se determinó establecer la primera batería para divertir los fuegos del Fuerte Jorge, interin se daba principio a la premeditada contra la media luna.

Para verificar este pensamiento, salieron del campo a las 8 de la noche 700 trabajadores con 350 faginas, sostenidos de 800 de armas.

A las 11, tuvo aviso el General de que se había empezado a abrir la trinchera sin que los enemigos lo hubiesen sentido y algo más tarde llegaron el cuartel maestro y el Yngeniero del Detall, con la noticia de que toda la tropa estaba a cubierto y que continuaba el trabajo con empeño.

El 29, a las 4 de la mañana, se relebaron los trabajadores para perfeccionar la trinchera y continuar la abertura del camino cubierto.

A las 6 y media, observaron los enemigos los trabajos hechos y comenzaron su fuego de cañón y mortero para incomodarnos y a algunas partidas que se acercaron a reconocer la trinchera con dos cañones de campaña se les rechazó vigorosamente con otros dos que habían colocados en la cabeza y cola de ella.

A las 11 y media, cesó el fuego de los enemigos, tal vez con el objeto de refrescar su artillería.

A las 8 de la noche, salieron del campo 800 hombres de armas a relebar los de la trinchera y 600 para dar principio a la construcción de la batería que se proponía hacer de 6 cañones de a 24 y cuatro morteros en una altura proporcionada para divertir los fuegos del enemigo, mientras se construía otra con más inmediación. Y igualmente se destinaron 600 hombres con el objeto de continuar la trinchera y construir sobre derecha e izquierda de ella, dos reductos que la defendiesen.

A las 9 comenzó nuevamente el fuego de cañón, mortero y obús con bastante pausa.

El día 30, a la una de la noche, cesó el fuego del enemigo hasta que al amanecer, principió nuevamente con la mayor viveza, sin que en el discurso de ella, hubiese otra pérdida que la de un hombre, un oficial y un soldado gravemente heridos.

A las 7 de la mañana, llegó un desertor asegurando que en el glacis del Fuerte Jorge, se había dado principio a una nueva batería de cañones de pequeño calibre.

Todo este día se trabajó en ensanchar la trinchera, perfeccionar la batería de cañones y morteros, y en concluir los citados dos reductos, sin que el enemigo en todo él, hubiese hecho más fuego.

A las 8 dela noche, se relevó la gente de armas y de trabajo y se condujeron a la batería los 4 morteros.

El día 1 de Mayo al amanecer, rompieron el fuego los enemigos con varios cañones, 3 morteros y 4 obuzes y así continuó sin intermisión hasta las 10 de la mañana, y desde esta hora en adelante lehicieron con bastante lentitud, pero habiendo notado que se trabajaba en el camino de comunicación desde la trinchera a la batería, le aumentaron tan estraordinariamente que tuvo a bien el General mandar suspender los trabajos.

Continuaron estos toda la noche y a pesar de las bombas y granadas reales, se colocaron en bateria los 6 cañones de a 24 municionados de todo lo necesario.

El día 2, a las 5 y media de la mañana, comenzó nuevamente a incomodarnos el enemigo consu fuego y para entretener éste, mandó el general que comenzase nuestro cañón, lo que se egecutó hasta la Oración que cesaron los enemigos el suyo.

Por la tarde, salió el cuartel maestre con los demás Yngenieros, a señalar la continuación dela trinchera para ocupar la loma del Pino, en cuyo parage se debía formar otra batería de mayor fuerza para atacar la media luna; y a las 8 dela noche salieron del campo 800 hombres de armas y otros tantos trabajadores, para dar principio a estos nuevos trabajos.

A las 12 dela noche, llegaron al campamento el Cuartel maestre y el Yngeniero del detall para informar al General, que la tropa quedaba ya cubierta sin haber sido sentida por el enemigo; y añadieron que en la media luna se trabajaba en componer el parapeto que el fuego de nuestro cañón había desmoronado algo.

El día 3 al amanecer, que descubrieron los enemigos la nueva trinchera a distancia del primer Fuerte 225 toesas, rompió su fuego de mortero y obuz contra los trabajadores que continuaban su fatiga, pero nuestra batería le hizo igualmente con tanta viveza que obligó a callar a la media luna por más de dos horas.

A las 9 dela mañana, llegaron 4 desertores y examinados por el General, digeron que varias bombas que habían caído en la media luna y Fuerte Jorge, habían originado muchas desgracias y que el cañón nuestro, desmontó 2 de aquélla, destruyendo almismo tiempo los merlones quela noche anterior compusieron.

El resto del día continuó el fuego de la bateria entreteniendo al dela media luna yla circular con bastante buen suceso enla puntería: a la ora-

ción cesó por ambas partes y salieron del campo 800 hombres de armas para el relebo de trinchera y 860 trabajadores a fin de prolongar ésta y formar en la cola un reducto que la definiese por esta parte.

Día 4. Aunque toda la noche se trabajó con empeño para la total conclusión de la trinchera y reducto, no hubo tiempo durante ella que bastase a dejar formada la banqueta; de modo que el soldado, difícilmente podía hacer fuego de parapeto alojado en estos trabajos, ni era posible mantenerse fuera de ellos por la continuada metralla que se le arrojaba desde la media luna.

Toda mañana hicieron los enemigos un continuado fuego de cañón hacia esta parte con bastante acierto, pero con particularidad a la una de la tarde le empeñaron tan vivo a metralla, bomba y granadas que obligaron a la tropa a usar de todos los recursos que juzgaron oportunos para libertarse: en este tiempo, varias tropas Inglesas que habían salido de la media luna sin servistas y con premeditado objeto, atacaron el reducto que guarnecía la compañía de granaderos de Mallorca. La tropa en estas circunstancias, aunque animada de sus oficiales, como muy a los principios quedaron muertos el Capitán y Alférez de Mallorca, heridos gravemente el Teniente y así mismo el Capitán y Teniente de la de Hibernia, se retiró al segundo reducto, hasta cuyo parage la persiguió el enemigo con arma blanca, restituyéndose al primero de que se había apurado.

Ala primera noticia de este suceso, dispuso el General que el Coronel Ezpeleta con 4 compañías de Cazadores, saliese a desalojar los enemigos; pero antes que este coronel llegase, ya se habían retirado dejando incendiada la trinchera, clavados 4 cañones de campaña y llevándose al Capitán y Teniente de Hibernia y al de la misma clase de Mallorca, que por hallarse muy heridos no pudieron retirarse.

La pérdida que se experimentó en este golpe fue de 18 muertos y 16 heridos, con exclusión de oficiales.

Por la tarde se recompuso la trinchera y reducto en el que se colocaron otros 4 cañones; y durante la noche, hicieron el enemigo el fuego de mortero y obuz dirigido hacia toda esta parte.

El día 5, se emplearon varios trabajadores en la conducción de faginas, pacas de algodón y sacos de tierra, para formar un espaldón a cuyo abrigo se pudiese hacer labatería premeditada.

Por la tarde llegaron 4 desertores, quienes no supieron decir al General qué número de tropa Inglesa había atacado el reducto.

El fuego del enemigo fue bastante vivo y desde la oración todo lo dirigían sobre la izquierda, originándonos algunos muertos y heridos.

Por la noche sobrevino una muy fuerte tempestad de viento, truenos y agua que anegó todo el campo y particularmente la trinchera, por cuya

razón se suspendieron los trabajos, y la escuadra quesehallaba fondeada cerca dela costa, se vio en la precisión de soltar sus cables para hacerse a la vela temiendo estrellarse en ella.

El día 6, por la mañana, en consideración a la mala noche que había pasado la tropa de trinchera, mandó el General quese relebase para secar su ropa y quese ladiese ración de aguardiente.

A las 7 de ella, comenzó a jugar nuestra batería contra la media luna con particular acierto, pero ésta tenía su mayor atención en incomodar las tropas dela izquierda para dificultar los ataques.

A las 9 dela mañana, empezaron igualmente a hacer fuego dos obuces queya se habían colocado en el reducto dela cola dela trinchera y sin intermisión hicieron elmás vivo durante todo el día.

A la oración, cesó por ambas partes, y a las 9 dela noche emprendió nuevamente el enemigo el de bomba y granada, ocasionándonos bastante pérdida.

A las 10 dela noche, se dió principio a un espaldón sobre el reducto dela izquierda, para formar a su abrigo la batería de cañones y deseando el General escarmentar a los enemigos y abreviar el sitio, dispuso que 700 hombres de granaderos y cazadores atacasen la media luna, al propio tiempo que se alarmaba el fuerte para aumentar sus atenciones.

El día 7, a la una delanoche, salió del campo esta tropa bajo la dirección del Brigadier D. Gerónimo Girón, con todos los útiles que pudiera necesitar para vencer cuantos obstáculos hallasen enla gola dela media luna, pero para llegar a ella sin ser sentidos, era preciso rodear una pequeña loma poblada de pinos; se aproximaba el día cuando la tropa llegó dondè debía hacer alto para atacar precipitadamente y por consiguiente, lejos de sorprender al enemigo, le hallaría sobre las armas, como es costumbre estarlo a aquella hora.

Con este conocimiento, el mayor General Ezpeleta, que se hallaba enla trinchera con el objeto de reforzar a Girón si lo necesitase, avisó al General de que habiéndose retardado la egecución del pensamiento porlarazón espresada, sería más conveniente suspenderla, una vez que faltaba poco tiempo para amanecer; de lo que enterado el General, mandó desde luego que regresase la tropa, lo cual se egecutó sin haber sido sentida delos enemigos.

A las 6 de la mañana, volvió nuevamente el fuego dela media luna contra nuestra izquierda, y se notó que las troneras que miraban a nuestra batería, las había tapiado para liberarse, tal vez, desu fuego.

A las 8 dela mañana, comenzaron a arder algunas faginas de la media luna, pero lograron apagarlas a la media hora.

A las 4 de la tarde, se dió principio a la batería proyectada a pesar del fuego que los enemigos hacían para impedir los trabajos y se continuaron éstos durante la noche con todo empeño para concluirlos.

El día 8, a las 5 de la mañana, solo faltaban las esplanadas para colocar la artillería, de modo que podía comenzar a jugar ésta, después de mediodía según la actividad con que se trabajaba.

A las 6 comenzó de nuevo el fuego de la media luna, al que correspondió el reducto con los 2 obuses que tenía con tanta felicidad, que habiendo una de nuestras granadas incendiado el almacén de pólvora, voló por consiguiente la media luna, con los 105 hombres que la guarnecían.

A esta novedad, mandó el General que el Brigadier Girón con la gente de la trinchera y el mayor General Ezpeleta con algunas compañías de cazadores, fuesen a ocupar el terreno, interin salía del campo una columna para llenar todos los objetos.

Luego que se dejó ver la tropa en el citado parage, principió el Fuerte del medio a hacer fuego de metralla y fusilería; pero habiéndose llevado los 2 obuses y 2 cañones de campaña que se adelantaron del reducto, se les correspondió vivamente, al mismo tiempo que la tropa con el fusil ejecutaba lo propio al abrigo de las ruinas de la media luna.

Continuó el fuego sin intermisión hasta las 3 de la tarde que el Fuerte Jorge puso la bandera blanca y llegó un Ayudante del General Campbell a proponer de su orden, una suspensión hasta el siguiente día para capitular. El General se dirigió inmediatamente al sitio donde le esperaba el oficial Inglés, y no habiendo condescendido a la suspensión sin que se empezase a capitular, propuso Campbell varios artículos que unos negado y otros concedido a la una de la noche, quedaron acordados entre los dos Generales.

El 9, se extendió y firmó la capitulación en los términos que expresa la copia adjunta.

El 10, a las 3 de la tarde, se formaron a 500 varas del Fuerte Jorge, 6 Compañías de Granaderos y las de Cazadores de la Brigada Francesa, a cuya distancia salió el General con su tropa y después de haber entregado las banderas del Regimiento Waldeck y una de artillería, con las ceremonias acostumbradas, rindieron las armas. Seguidamente se destinaron dos compañías de Granaderos para que tomasen posesión del Fuerte Jorge y las Compañías de Cazadores de la Brigada Francesa, pasaron a ejecutar lo mismo en la batería circular.

El 11, se envió un destacamento para tomar posesión del Fuerte de los Red-clifs en las Barrancas, cuya guarnición consistía en 139 hombres incluso los oficiales. Este Fuerte tiene 11 cañones montados de los cuales 5 son del calibre de a 32.

El mismo día dió orden el General para que se empezase los inventarios de víveres, artillería, pertrechos y municiones de los Fuertes conquistados y al mismo tiempo previno al Mayor General y demás Gefes de la expedición, se empezase a reembarcar cuanto había en tierra para no perder instante en que las tropas volvieran a la Habana.

El número total de prisioneros asciende a 1113 hombres, a los que añadidos los 105 que volaron en la media luna, 56 desertores que se han presentado durante el sitio y 300 que mientras se formaban las capitulaciones se retiraron para la Georgia, resulta que el total de la guarnición, se componía de cerca de 1.600 sin incluir los muchos Negros que ayudaban a la defensa, los muertos que tuvieron antes y multitud de Yndios que inundaban los bosques y la campaña. A más de los prisioneros hay 101 mugeres y 123 niños, a quienes se han acordado la ración por ser individuos de los mismos prisioneros, de modo que hoy asciende el número de los que se consideran como tales a 1.347.

Las desgracias que nos han ocasionado los enemigos en el ejército durante el sitio son 74 muertos y 198 heridos, según consta del Estado del Mayor General que acompaña. La Marina, ha perdido 21 hombres y 4 heridos.

*Panzacola 12 de Mayo de 1781—
Bernardo de Gálvez.*

El *Diario* continúa con las cláusulas de capitulación que omitimos en esta transcripción.

Igualmente prescindimos de las relaciones pormenorizadas de muertos y heridos, de las referidas a las armas y municiones encontradas en los fuertes y plaza de Panzacola, y del surtimiento de efectos y utensilios del parque de Artillería.

Epílogo

Durante las capitulaciones, el almirante Solano se encontraba con su escuadra en el golfo de Méjico, al sur de Mobila, a la espera de que el tiempo permitiese el regreso a Pensacola. Entretanto, Alderete estuvo al mando de la Marina en el puerto de Pensacola y avisó a Aristizábal que no se movieran los barcos hasta la llegada de los navíos de Solano. Y efectivamente, después de doce días de dilación, los quince navíos del almirante

arribaron a Pensacola el 17 de mayo, radiantes de alegría al divisar desde la barra de la bahía el ondear de la bandera española en lo alto de las Barrancas Coloradas.

Un día después, las tropas de Gálvez marcharon a las Barrancas y aceptaron la rendición de esta batería británica con ciento treinta y nueve prisioneros.

El 20, la escuadra completa de Solano zarparía rumbo a La Habana. Nueve días después, toda la capital cubana estaba en la calle para vitorear a sus héroes; el jolgorio de tres días culminaría con un tedéum en la catedral. Al hombre de confianza de la corte en Cuba, Francisco Saavedra, le esperaba el delicado comunicado de Madrid, como era la real orden del 12 de febrero de 1781, con el relevo del casi anciano Bonet por Solano y de Navarro por Cagigal.

Bernardo de Gálvez escribiría a su tío José, alabando el comportamiento de la marina en general y el almirante Solano en particular. También lo hizo en el mismo sentido al ministro de la Marina, aludiendo a la gran ayuda naval prestada por Miguel de Alderete y recomendando los siguientes ascensos que pronto publicaría la *Gaceta de Madrid* (incluido el suyo a teniente general): Juan Manuel de Cagigal a teniente general; Jerónimo Girón a mariscal de campo; José de Ezpeleta y el barón de Kessel a brigadier; Francisco Miranda a teniente coronel; Pedro Rousseau a capitán; y una pensión por méritos contraídos en la conquista de Pensacola, al capitán y comandante de las milicias pardas y morenas de Luisiana, Simón de Calfá.

Por esta victoria, Carlos III añadió al escudo de armas de Gálvez el bergantín *Galveztown* y el lema *Yo Solo*. Lema acomodado a su realidad histórica: haber forzado sólo la bahía de Pensacola y haber atacado la villa con la soledad de una decisión personal cuando la real orden ordenaba hacerlo primero a Mobila para unirse a las fuerzas de Ezpeleta y de allí a Pensacola con un mínimo de cuatro mil soldados. Además, se cambió el nombre de esta bahía por el de Santa María de Gálvez.

El veterano de esta conquista, Arturo O'Neill, coronel del regimiento Hibernia, fue nombrado gobernador de Pensacola y al hacerse cargo del mismo envió a la corte las banderas británicas y alemanas tomadas en el asedio junto con otras de los fuertes británicos de Mobila y el Mississipi, reservando otras para la iglesia de Nueva Orleans.

El recién ascendido teniente general de la Armada, José Solano, lograría en julio de 1784 el marquesado del Socorro por su ayuda a Gálvez en Pensacola, nombramiento tan apropiado como su otro título de vizconde del Feliz Ardid.

Gálvez, que siempre dio mucha importancia a los indios en el control español de Luisiana y la Florida durante y después de la guerra, informaría a su tío José de las causas por las que algunos indios de Pensacola se habían pasado al bando británico por nuestra falta de miramientos y de obsequios. Y como la auténtica pacificación de la provincia dependía de las buenas relaciones con ellos, comisionó a su suegro Saint Maxent, coronel del Ejército y comandante de las milicias blancas de Luisiana, para que comprase en España y Francia los víveres, mercancías y otros géneros que podrían necesitar, ayudado como era habitual por el comerciante bilbaíno Diego Gardoqui. Por real cédula del 30 de octubre, se nombraría a Saint Maxent, teniente gobernador de Luisiana y la Florida y capitán general de Asuntos Indios, como reconocimiento de su contribución en la guerra como jefe de la milicia blanca en Pensacola, Mobila y el Mississipí y como agradecimiento a su contribución financiera a estas campañas.

El *Diario de la conquista de Pensacola* fue firmado por Bernardo de Gálvez y llevado en mano por un veterano de aquella, Serrato, a bordo de la *Caimán* que atracaría en el puerto de Cádiz el 27 de julio y despachado a la Corte en San Ildefonso de la Granja por otro veterano de los sitios de Mobila y Pensacola, el contador de la Marina, Juan José Vallarino.

El *Diario* se publicaría en la *Gaceta de Madrid* del 21 de agosto de 1781.

Con la victoria de Pensacola, las negociaciones de paz en París se aceleraron, aunque las operaciones militares continuaron dos largos años. En 1782, las armas españolas habían cumplido victoriosamente las órdenes de su Rey; desapareció la amenaza sobre Nueva Orleans; Mobila y Pensacola recobraron su españolidad; Caracas, San Juan de Puerto Rico, Cartagena de Indias y Portobelo la mantuvieron y en Centroamérica se habían logrado éxitos importantes. Sólo dos objetivos quedaron pendientes: Jamaica y las Bahamas.

Como ya comentamos, Bernardo de Gálvez, con el respaldo influyente de su tío José, ministro de las Indias, logró el mando de todas las fuerzas españolas del Caribe, sustituyendo a Navia como comandante en jefe de las operaciones americanas; Solano reemplazó a Bonet y Cagigal a Navarro. Los tres nuevos comandantes habían colaborado estrechamente durante la reconquista de Pensacola. El plan inicial del ministro de las Indias, sería la invasión simultánea de Jamaica y las Bahamas, reservando el mando de la primera para su sobrino que contaba con las fuerzas navales y terrestres españolas y francesas concentradas en Guarico, sobre la costa norte de la isla Española.

Pero estas operaciones escapan a las puntualizaciones de nuestro tema.

BIBLIOGRAFIA

- ZAPATERO, Juan Manuel: *La guerra del Caribe en el siglo XVIII*. Servicio Histórico Militar. Madrid, 1964. Nueva edición de 1990.
- BEERMAN, Eric: *España y la independencia de Estados Unidos*. Editorial Mapfre. Colección España y Estados Unidos. Madrid, 1992.
- ALTAMIRA Y GREVIA, Rafael: *Historia de España y de la Civilización española*.
- LOZOYA, Marqués de: *Historia de España*.
- CASTILLO, Alberto de: *Historia General*.
Colección del Conde de Clonard. Legajos nº 8 y nº 31 de la 1ª Sección del Servicio Histórico Militar de Madrid.
- SANTALO, José Luis: «Un episodio de la Guerra de la Independencia de Estados Unidos. La reconquista de Pensacola en 1781», en *Historia y Vida*, núm. 116, p. 85.
- CLAVIJO PROVENCIO, Ramón: «España y la conquista de Pensacola» en *Historia y Vida*, núm. 224, p. 32.
- QUATREFAGES, R.: «La participación militar de Francia en la toma de Pensacola», en *Revista de Historia Militar*, año XXI, núm. 42, 1977.
- Enciclopedias Espasa y Larousse.
Atlas Aguilar y Salinas.